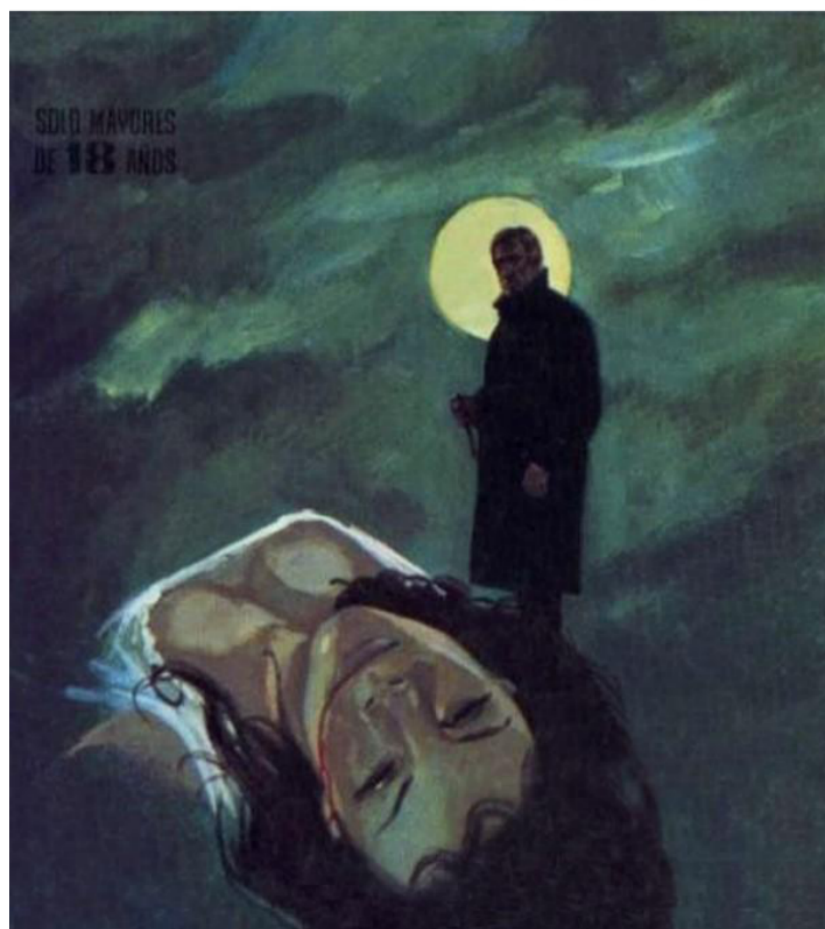




LAS DAMAS NO MUEREN DE NOCHE

Albert Rosbund





PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND

LAS DAMAS NO MUEREN DE NOCHE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 953
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 15.806 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1980

© Albert Rosbund - 1980

texto

© Jorge Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Un patrullero enfocó con su linterna el cuerpo tirado grotescamente sobre el húmedo suelo. No hacía mucho había dejado de lloviznar. El frío, a aquellas horas de la madrugada, era de órdago. La circunferencia lumínica recorrió todo el cuerpo para que yo pudiera hacerme una idea.

Se trataba de una mujer rubia, de largos cabellos, con un rostro exquisitamente maquillado, muy sensual a pesar de su impasibilidad, de aquellos ojos extremadamente abiertos que no miraban a ningún lado determinado. Su cuello era fino y blanco, adornado con un collar de perlas. Las manos presentaban una perfecta manicura, luciendo un par de costosas sortijas. Vestía un elegante traje de chaqueta azul que dejaba ver unas piernas largar y torneadas, cuyos pies estaban calzados con zapatos de tacón alto. La chaqueta presentaba una zona más oscura, una mancha rojiza bajo el seno izquierdo. La luz se detuvo durante unos largos segundos ahí.

—Fueron dos tiros, señor —dejó oír su ronca voz el patrullero—. A quemarropa.

Nos encontrábamos en el Balboa Park, en la ciudad de San Diego, en el sur del estado de California, muy próximos a la frontera mexicana. La noche era hostil como la persona o personas que habían matado a aquella mujer. No se veía un alma, salvo nosotros, los que nos teníamos que hacer cargo del fiambre. Unos patrulleros, durante su ronda habitual por el parque, al llegar cerca del puente Cabrillo, habían observado el bulto. Descendieron, se aproximaron y comprobaron que no se trataba de un vagabundo durmiendo a cielo raso. Enseguida avisaron al Precinto de la zona.

Y a mí me tocó la china. Phil Sondern, detective de primer grado. Acababa de tumbarme en la litera con la ilusión de que la noche no se pondría tonta, cuando el sargento de guardia me pasó

el comunicado.

Una mujer muerta. Asesinada.

—¿Se ha encontrado algún bolso, el arma homicida...?

—Nada, señor Colton y yo estuvimos batiendo los alrededores mientras usted llegaba...

—No hay cosa que más me fastidie que los cadáveres sin identificación —rezongué.

—Probablemente no cueste mucho, señor. Por su apariencia, da la impresión de tratarse de una dama.

La miré. En efecto, no parecía una vulgar mujer de la calle.

—Veremos —dije.

La ambulancia ya había llegado, y el forense no tardó en aparecer. Le echó un rápido vistazo al cadáver, resoplando de frío. De momento no hizo más que confirmar la impresión del patrullero, agregando que no debía llevar muerta más de un ahora y media.

Poco después se procedía al levantamiento del cadáver y todos nos retirábamos.

—Se me ocurrió acompañar el cuerpo hasta el depósito y asistir a su desnudamiento, pues tal vez se encontrara algo de interés. En un sobre fueron echando todos sus objetos personales: anillos, pulseras, reloj... La primera impresión, aunque parecía faltar un bolso, una cartera, o algo así, fue que el móvil del asesinato no era el robo, pues todo aquello que había relucido ante mis ojos era de auténtico lujo. Seguidamente le quitaron las ropas. Su cuerpo era curvilíneo, de piel bien cuidada. El empleado le calculó unos treinta años de edad. Antes de echar cada prenda en el saco, fue registrada. En un bolsillo interior de la chaqueta se le encontró una factura de una tienda de repuestos eléctricos: había comprado unas bombillas y pilas por valor de siete dólares con cincuenta centavos. Firmé un recibo por la obtención de aquella factura y, como no hallé nada más de interés, me marché.

Volví al Precinto. Respiré aliviado cuando el sargento de guardia me informó que no había habido ninguna novedad. Ya estaba bien la noche con un asesinato en nuestro distrito. Subí al segundo piso, me acomodé en la litera y dormí como un bendito hasta las ocho, hora de integrarse al trabajo.

Me presenté al jefe, el capitán Forbes, un hombre robusto, de pelo entrecano y cara avinagrada. Si se le sabía tratar, comía maní

en tu mano.

Le expuse lo que había sucedido. Tras escuchar atentamente, dijo:

—Hágase cargo del asunto, Sondern. Si le hace falta gente, cuente con Peck y Carter.

Éstos se encargarían de obtener las huellas de la muerta, por si acaso estuviera fichada. Yo me trasladé hasta la tienda de repuestos eléctricos, situada en un cruce de la 9th Avenue con la K Street. Era un establecimiento modesto, atendido por dos dependientes de diferente sexo. El muchacho estaba ocupado con un señor que se apoyaba en un bastón y se cubría con un abrigo de piel. Me dirigí a la joven. Era alta y delgada, sus ojos protegidos por gafas de aumento.

Saludé y me identifiqué. Ella se sorprendió mucho de la presencia de un policía.

—Deseo hacerle unas preguntas.

—Sí, señor. Por supuesto. Dígame.

—Se trata de esta factura.

La saqué del bolsillo, entregándosela. Ella la observó con detenimiento. Luego me miró con algo de perplejidad; tal vez esperaba encontrar algo anormal en ella.

—Sí, es de aquí —reconoció.

—¿Podría saberse a quién se la hicieron?

—No lleva nombre —observó.

—Lo sé.

—Entonces es imposible. La copia tendrá los mismos datos.

—Lleva fecha de ayer. A lo mejor recuerda a quién se la hizo.

—No sé. Es muy difícil. ¡Rich!

El muchacho ya estaba libre, y acudió al momento. Era pecoso y desgarbado, de ojos vivaces.

—¿Qué hay, muñeca? —preguntó, sonriéndola.

Ella no pudo evitar una mueca al oírse llamada así. A continuación le explicó de qué iba la cosa. El muchacho tomó la factura y acabó encogiéndose de hombros.

—Lo siento.

—Bueno —dijo guardándose la factura—. Pero tal vez si yo les doy unos datos de una mujer, ustedes la reconozcan.

—Pruebe —me invitó el muchacho.

—Una mujer de unos treinta años, de largos cabellos rubios, estatura mediana, bonita figura, atractiva, viste un traje de chaqueta azul...

—¡La señora Castle! —exclamó al momento el joven.

—¿Cómo?

—La señora Castle —repitió—. Ella es cliente habitual, conoce a la dueña de esta tienda. Yo conseguí este empleo gracias a su esposo.

—¿Me puede dar sus datos personales: nombre completo, dirección...?

—Se llama Dorothy Castle, y es una gran señora, toda amabilidad. Su dirección personal no la conozco, pero puede ir al Centro de Rehabilitación Juvenil. Su marido es el director. Se llama Raymond Castle.

—¿Usted procede de allí?

—Sí, señor. Estuve unos meses por una tontería que hice. Ahora estoy limpio.

—Está bien. Gracias.

—¡Ahora recuerdo que ella estuvo ayer aquí! —exclamó entonces la chica.

Me alejé de allí sin decir nada más. Yo había oído hablar del Centro de Rehabilitación Juvenil y las opiniones, como siempre, se dividían en dos bandos, los que estaban a favor y los que estaban en contra, los que pensaban que aquello era una magna obra social, capaz de hacer retornar a los jóvenes descarriados al buen camino, y los que pensaban que aquello no era más que un sucio reformatorio del cual se valía la sociedad para «convencer» y lavarles el cerebro a los jóvenes que se salían de la norma. Se encontraba en las afueras de la ciudad, en una zona lejos de los complejos industriales, muy propicia para la meditación y la paz.

Después de salvar el sencillo control de entrada —un hombre uniformado en una garita— llegué hasta el edificio central, dejando el auto en la playa de estacionamiento.

La sala de recepción la atendía una mujer de mediana edad, pelirroja, de rostro insulso. Se cubría con una impoluta bata blanca.

—El señor Castle no se encuentra aquí —me informó al momento.

—¿Me puede dar su dirección particular?

—Tampoco lo hallará allí, señor.

—¿Qué quiere decir?

—Está fuera.

—¿Dónde?

—En Los Ángeles. Asiste allí a un congreso sobre delincuencia juvenil.

—Ajá.

—Volverá mañana por la tarde. Si quiere me deja recado y...

—No. Esto es urgente. ¿Quién es la persona encargada?

—Chris Fuller, el subdirector.

Era un hombre joven y esbelto, de treinta y cinco años a lo sumo. En su curioso rostro destacaban los ojos oscuros, penetrantes, y la barba azulada, fuerte. Tenía las trazas de una persona decidida, enérgica.

Me atendió en su despacho con corrección.

—¿Por qué busca al señor Castle? ¿Ocurre algo?

—Me temo que sí, señor Fuller. ¿Conoce usted a la esposa de su jefe?

—Por supuesto —sonrió.

—¿Podría darme una descripción?

Me miró como preguntándome a qué venía todo eso, pero accedió a mi ruego. Los datos que me proporcionó coincidieron con la muerta.

—Me gustaría que me acompañara.

—¿No podría explicarme...?

—Anoche apareció una mujer asesinada, sin documentación encima. Sólo le encontré esta factura y...

Cuando finalicé, él ya se encontraba de pie, el rostro alterado.

—¡No puede ser! ¡La señora Castle asesinada...!

—No lo afirmo aún, por eso quiero que venga a ver el cadáver. Usted puede identificarla.

—Espere. Antes llamaré a su domicilio. Tal vez...

Le dejé telefonar.

—No contesta nadie —dijo al rato, con un hilo de voz.

—¿Viene?

—Habría que avisar al señor Castle...

—Aún no. Primero hay que cerciorarse. Por favor...

Chris Fuller asintió, procediendo seguidamente a quitarse la

bata. Llamó a su secretaria y le dio unas cuantas órdenes. Luego se abrigó con una gabardina y me invitó a salir delante de él.

Cada uno cogió su coche. Poco después nos volvíamos a reunir, ahora en la puerta del depósito. Chris Fuller no acababa de creérselo, y así me lo comentó:

—Imposible que sea ella. Dorothy Castle, sola a las dos de la madrugada en el Balboa Parle... Una mujer como ella... No, todo debe ser un error.

Llegamos ante la cámara frigorífica. El empleado levantó la sábana y dejó al descubierto buena parte del cuerpo desnudo de la mujer asesinada. Pude escuchar cómo los dientes de Chris Fuller rechinaban.

Me miró y sólo tuvo fuerzas para asentir una sola vez. La barbilla se le quedó hundida en el pecho.

CAPÍTULO II

Salimos a la calle. El fresco vientecillo que corría pareció reanimar a Chris Fuller.

—¿Quiere tomar una copa? —le señalé un bar cercano.

—No, gracias.

—Le hace falta.

Siguió negándose. Me encogí de hombros y le pregunté:

—¿Avisará al señor Castle?

—Es lo primero que pienso hacer.

—También me gustaría que me diera la dirección de los Castle.

—Cómo no.

Lo hizo. Yo la anoté en mi agenda de bolsillo. Luego le indiqué:

—Que Castle acuda allí. Yo le esperaré.

—Sí, sí...

—Le veo muy afectado —observé—. ¿Tenía mucha amistad con la señora Castle?

—La había tratado bastante. Gustaba ayudarnos en la labor del Centro. Era una mujer con grandes cualidades, muy correcta. Procede de una familia de raigambre, con fuerte posición social, allá en San Francisco. Conoció a su esposo cuando éste estudiaba en Berkeley, según tengo entendido.

—¿Se le ocurre alguna razón para que le haya sucedido esto?

Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Quiero decir si usted sabía que ella estuviera amenazada, o si tenía enemigos...

—No, no. La señora Castle era querida por todo el mundo que la trataba. Era toda amabilidad.

—Está bien —suspiré—. Esto es todo, por el momento. Gracias por su colaboración.

Opté por dirigirme al Precinto. Los muchachos habían actuado con rapidez: la mujer no estaba fichada, pero eso era algo que ya

imaginaba, tras descubrir su personalidad. Gon Peck y Cárter me trasladé al Balboa Park. Quería rastrear, ahora de día, el lugar del crimen.

Todas las pesquisas resultaron infructuosas. Un poco abatidos almorzamos en un *snack-bar* cercano.

Más tarde nos trasladamos hasta el domicilio de la asesinada. Vivía en una calle céntrica, lindando con Broadway. El edificio era alto y majestuoso. En cada planta sólo había un piso. Los Castle vivían en la cuarta, según nos indicó el conserje.

Estuvimos charlando un rato con él, ya que Raymond Castle todavía no había llegado. Por la noche no había turno de conserjería. Él había estado la tarde anterior y había visto salir a la señora. Regresó un par de horas después, llevando un par de paquetes. Le comentó que había estado de compras. Su opinión personal sobre Dorothy Castle no difería en nada de las escuchadas hasta el momento: era una dama. No tenía ninguna queja de ella y, que supiera, no se llevaba mal con nadie de la finca. De todas formas, como el señor Castle no llegaba, nos decidimos a interrogar a los vecinos. El resultado fue desalentador. Nadie sabía nada. Todos conocían a los Castle y les parecían que formaban un matrimonio bien avenido; la señora era la distinción y la simpatía personalizadas.

Raymond Castle apareció cuando ya habíamos finalizado nuestra tarea. Era un hombre de mediana estatura, algo obeso, de pelo castaño rizado, ojos oscuros y fino bigotito sobre el labio superior. Contaría unos cuarenta años de edad. Vestía con elegancia, olía a masaje varonil y se mostraba sumamente nervioso, estrujándose a cada momento las manos.

—No sé cómo no me he matado por la carretera —comentó, una vez entramos en su vivienda y se dejó caer sobre una de las butacas.

—¿Ha venido en coche?

—Sí. En el mío. De aquí a Los Ángeles el trayecto es corto y no vale la pena coger el avión. ¡Oh, esto me parece una pesadilla! —Se llevó una mano a la frente—. He estado con Fuller en el depósito. Increíble. Dorothy así... muerta. ¡Asesinada! ¡Es una pesadilla!

—Desgraciadamente no lo es, señor Castle —dije—. Supongo que no tendrá inconveniente en responder a algunas preguntas.

—Me encuentro fatal, pero comprendo que es necesario.

Adelante, señor.

Chris Fuller permanecía en pie, escuchando atentamente, mientras Peck y Cárter, con el permiso del dueño de la casa, habían comenzado a efectuar un registro.

—¿Cómo se encontraba su mujer últimamente?

—Bien, muy bien —respondió al momento.

—¿Ningún temor o recelo?

—En absoluto. Dorothy era muy extrovertida, muy alegre. Y así continuaba. ¿Quién habrá sido el canalla que ha podido matar a una mujer así?

—Olvide eso ahora. Piense en los últimos días. Algo que llamara su atención.

—Fueron días normales. Yo paso tiempo en el centro de Rehabilitación Juvenil, me absorbe mucho el trabajo... Ella se encargaba de la casa, de hacer compras, de reunirse con sus amigas del club...

—¿Qué club?

—*Lady's*. Es un club sólo para mujeres.

—Lo conozco.

—También solía jugar al tenis. Le aseguro que mi esposa no tenía ningún problema.

—¿Ni siquiera económico?

—No me haga reír en estos momentos. Mi mujer heredó una considerable fortuna a la muerte de sus padres. Por otro lado, mi sueldo es bastante elevado y nos da para vivir con comodidad, sin apuros.

—¿No había nadie que la quisiese mal?

—Ya le he dicho que era una mujer extrovertida, con unas grandes ganas de vivir. Caía bien a todo el mundo.

—Ciñámonos a la última vez que la vio.

—Eso fue hace dos días. Yo me levanté muy pronto porque a las ocho de la mañana tenía que estar en Los Ángeles. A pesar de eso, ella también se levantó y me preparó el desayuno mientras me arreglaba. Hablamos de cosas intrascendentes, como el tiempo que parecía iba a hacer, la ropa que debía llevarme, todo eso. Nos despedimos con un beso... —susurró, haciéndosele un nudo en la garganta.

—¿Ya no volvió a saber de ella hasta hoy?

—Bueno... —hizo una pausa, como pensando antes lo que iba a decir—. La llamé por teléfono cuando llegué a Los Ángeles para comunicarle que todo había ido bien y el hotel en que me encontraba alojado. Y por las noches la llamaba, como también a Fuller para saber cómo había ido la jornada de trabajo en el Centro.

—¿Anoche también logró hablar con ella?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Serían las nueve. Sobre esa hora la llamé las dos veces.

—¿Recuerda qué hablaron?

—Cosas nuestras, lo que ella había hecho, lo que yo hacía... Nada importante.

—¿Está seguro de que ella no le confió nada?

—No.

—¿Y desde anoche a las nueve ya no volvió a saber nada de ella hasta hoy?

—Exacto.

Peck y Cáster aparecieron por el salón. Hice una pausa para atenderles.

—No hay nada —dijo Peck.

Chasqueé la lengua, fastidiado. Nuevamente encaré al nervioso Castle.

—Pensemos en usted —dije.

El hombre respingó, alarmado.

—¿Qué dice?

—Tranquilícese. Tal vez no me haya expresado bien. Quería decir que a lo mejor alguien quiso vengarse de usted... matándola a ella.

—¡Oh, no! ¡Eso sería espantoso!

—¿Qué me dice?

—No sé qué pensar.

—Piense.

—Bueno... —dejó resbalar sus manos húmedas por los brazos de la butaca—. Supongo que sí, que tengo algunos enemigos entre los chicos que pasaron por el Centro. En sitios así ocurre eso. Hay gente que no te comprende, que cree que la estás maltratando, que no entiende que lo único que quieres es ayudarla a convertirse en una persona decente... En fin, sí, tal vez haya algún resentido, pero...

¡matar a Dorothy!

—Todo es posible. Considero interesante que me proporcionara una lista con los que usted cree le pueden tener más manía.

—Sí, lo haré.

Chris Fuller carraspeó e intervino por vez primera:

—También pudiera ser la obra de un loco, alguien que no tuviera relación con los Castle...

—Sí —admití—. Pero entonces —les miré fijamente— ¿qué hacía la señora Castle a las dos de la madrugada en el Balboa Park, con un tiempo lluvioso, poco propicio para el paseo bajo la luna y las estrellas?

Se quedaron mudos.

—Creo que es más lógico pensar que alguien la citó allí para matarla. Por eso salió de casa a esas altas horas. ¿No les parece?

—¡Desde luego! —Cabeceó de inmediato Raymond Castle—. ¡Mi mujer era una dama! ¡Únicamente habría salido sola a esas horas por algún motivo grave!

—El motivo... —suspiré—. Eso es lo que me gustaría conocer.

—Me cuesta creer que Dorothy me ocultara algo...

—¿Estaban muy unidos?

—Por supuesto que sí. Incluso ella me ayudaba en el trabajo. Lo puede decir Fuller.

—Así es —asintió éste—. Ya se lo comenté.

—Bien —exclamé, de lo más violento por tener que cumplir mi obligación—. ¿Podría usted darme algunos datos sobre su estancia en Los Ángeles, señor Castle?

El hombre desorbitó los ojos.

—¿No sospechará de mí? —Casi gritó—. ¿Yo? ¿Yo asesinar a la pobre Dorothy?

—Es sólo rutina, compéndalo. Me gustaría saber en qué hotel se alojó, a qué congreso asistió, con qué personas trató... Ya me entiende.

Lo hizo a regañadientes.

—De acuerdo —dije cuando finalizó, poniéndome en pie—. Esto es todo, por el momento. Gracias por su colaboración, señor Castle.

El viudo me miró con cierto rencor desde la butaca. Fuller se brindó a acompañarnos hasta la puerta.

—Encárguese de que el señor Castle elabore esa lista —le dije

como despedida—. Mañana por la mañana me pasaré a recogerla.

—La tendrá —prometió.

Poco después me despedía también de Peck y Cárter. Quería que se pusieran en comunicación con la policía de Los Ángeles, para que comprobaran los datos facilitados por Raymond Castle y también que se encargaran de meterles prisa al forense y a los de balística.

Yo me dirigí al Club *Lady's*. Se encontraba en la 10th Avenue, cerca de la *Post Office*. La mujer que atendía la entrada puso mala cara al verme, y se cruzó en mi camino dispuesta a prohibirme el paso terminantemente. Mi placa le suavizó la tirantez del rostro.

Unos segundos más tarde entraba en el coqueto despacho que ocupaba la encargada del club. Era una mujer ya madura, bien conservada, de cabellos castaños y figura estilizada. Me atendió con amabilidad.

—¡La señora Castle asesinada! —Se sobresaltó cuando la puse al corriente.

—En efecto.

A partir de ese instante no hizo más que elogiar la memoria de la muerta, como otros habían hecho antes. Decidí cortar por lo sano, al observar que con ella no iba a ninguna parte, y pedí hablar con otras amigas de Dorothy Castle.

—No hace falta que le dé las direcciones. Precisamente hoy se elegía la nueva presidenta del club. Es más bien un cargo honorífico, por cuanto el peso del trabajo recae sobre mí, que en realidad soy una empleada a sueldo. La señora Castle era una de las socias fundadoras. Sus compañeras se encuentran de reunión en estos instantes. Venga conmigo.

Me llevó por un largo pasillo alfombrado, explicándome que justo una de las candidatas era la señora Castle.

—Nos extrañaba su tardanza e iba a telefonarla. ¡Asesinada! ¡Oh, parece imposible!

Alcanzamos una puerta de madera noble, tras atravesar una salita de lectura. La encargada del club dio unos golpecitos con los nudillos y luego abrió, en el preciso momento en que una mujer puesta en pie decía con rotundidad:

—¡Pues yo votaré contra Dorothy!

Todas se nos quedaron mirando. Eran ocho, y con sus vestidos y joyas hubieran podido comer todos los hambrientos de California.

Pasado el primer instante de perplejidad, la que estaba levantada gritó airada:

—¿A qué viene esto, señora Roscoe? ¿Cómo se atreve a meter un hombre aquí?

—Perdone, señora Porter —dijo sin alterarse la encargada—, pero este hombre es... policía.

—¿Cómo?

—Es el detective Sondern. Ocurre que... la señora Castle ha sido asesinada esta noche pasada.

Se hizo un silencio sepulcral. Mi mirada estaba fija en la señora Porter, una mujer de más de medio siglo de existencia, muy arreglada para intentar ocultar los estragos del tiempo.

—¿Por qué iba a votar usted en contra, señora? —le pregunté.

—Yo... Yo... ¡No pensará que...! ¡Oh, Dios! —Se llevó una mano a la frente y se vino abajo.

Todas corrieron a ayudar a la desmayada. Yo chasqueé la lengua, fastidiado.

Una anciana con cara de loro me recriminó con la mirada y me dijo:

—Brenda es incapaz de una cosa así.

—Sólo le pregunté el porqué.

—Es bien claro. Yo estoy de acuerdo con Brenda y no tengo miedo a las acusaciones.

—Por favor, señora, yo no he acusado a nadie —insistí—. Si usted está de acuerdo con ella —señalé a la señora Porter, la cual parecía recuperarse—, ¿tiene inconveniente en contarme qué pasa con la señora Castle?

—No creíamos que fuera la presidenta ideal... en contra de la opinión de las demás.

—¿Por qué?

—Por su actual forma de vida.

—¿Qué quiere decir? —Fruncí el ceño, presintiendo que me acercaba a algo nuevo y sorprendente.

—Le gustaba ir con chicos, jóvenes de esos que su marido tiene en el Centro de Rehabilitación...

CAPÍTULO III

Por un instante quedé callado, supongo que con expresión de estupor. Pero enseguida reaccioné, queriéndole quitar hierro a la cosa.

—Bueno, según tengo entendido, ella ayudaba a su marido en la tarea y entonces...

—Sí, sí —me interrumpió, casi riendo—. Eso es lo que decía. Pero tanto Brenda como yo sabemos que no era del todo así. ¡Vaya si lo sabemos!

—Explíquese mejor —pedí ante el asombro general de las otras damas, que escuchaban atentamente. La señora Porter ya se levantaba ayudada por dos amigas que la acomodaron en una butaca.

—La hemos visto.

Miré a la señora Porter.

—¡Oh! —Respingó, nerviosa.

—Tranquilícese —le dije—. Nada hay contra usted. Sólo me gustaría saber si ratifica o no las palabras de esta señora.

—¡La hemos visto! —insistió la anciana con cara de loro—. ¿Verdad que sí, Brenda?

La señora Porter asintió.

—Tanto ella como yo la hemos visto con esos jovenzuelos melencidos —prosiguió la anciana llamada Belinda—: Yo la vi en una ocasión en una terraza de la costa. Llevaba gafas de sol y un pañuelo a la cabeza, pero era ella sin lugar a dudas. Conozco muy bien sus vestidos, su forma de arreglarse, incluso de caminar... Ellos dos estaban muy acaramelados. Ella le... le sobaba y besaba.

Hubo una exclamación de asombro y repulsa.

—Brenda la ha visto más veces. ¿Verdad que sí, querida?

—Sí, sí... Una vez le pregunté, confesándole que la había visto, y ella me respondió que se trataba de chicos del Centro a los que

ayudaba a encontrarse de nuevo con la vida. ¡Menuda forma de ayudar! Yo no le dije que le había visto en situaciones comprometidas, ni siquiera que en una ocasión me enteré que había alquilado un *bungalow* por la tarde para pasarla con el muchacho. ¡Por eso iba a votar contra ella! ¡Prefiero a la señora Prentiss! Una mujer frívola como la señora Castle no es la presidenta ideal del club. Es una vergüenza. ¡Si por lo menor no hubiese estado casada...!

Se hizo un espeso silencio. Todo aquello le daba un extraño giro al asunto.

Carraspeé y dije:

—Me gustaría conocer detalles de esos muchachos que la acompañaban...

—El que yo vi era moreno y grandote, como un gorila —me explicó enseguida la anciana—. De pelo negro muy largo. Vestía ropas vaqueras.

—Y usaba muñequeras —agregó la señora Porter—. Yo la vi con ése y con uno rubio, alto y delgado, también melenudo, de nariz aguileña. Con éste es con quien pasó una tarde en el *bungalow*...

—¿No llegaron a saber los nombres? —pregunté, deseoso de que por una vez el cotilleo resultara beneficioso.

—No.

—No.

Miré a las otras mujeres, que permanecían calladas y atentas, reflejando sus rostros la sorpresa que se estaban llevando.

—¿Alguna de ustedes puede aportar algo más a todo esto?

Una señora de mediana edad, rubia oxigenada, de bellos ojos azules, musitó:

—Parece increíble...

—¿Ninguna de ustedes sabe si la señora Castle se encontraba en un aprieto, o tenía problemas?

Ninguna respondió.

—Está bien —desvié mi mirada hacia las dos mujeres que me habían facilitado una pista que seguir—. Gracias por su colaboración.

—No hay de qué —me replicó la señora Porter—. Y de verdad lamento su muerte. Una cosa es no estar de acuerdo con la forma en que se comportaba, muy lejos de lo que es una dama... y otra muy

distinta desearle la muerte.

—Por supuesto —asentí.

Seguidamente pedí disculpas por la interrupción, me despedí y salí de allí en compañía de la encargada del club. Ésta se mostraba pesarosa.

—Ha sido una situación violenta —me comentó.

—Me alegro de haber llegado en el momento oportuno.

Regresé al Precinto cuando las primeras sombras de la noche se apoderaban de la ciudad. Peck y Cárter tenían algunas noticias para mí. La autopsia hablaba de una muerte producida instantáneamente por dos balas que le habían partido el corazón. Los disparos habían sido hechos a quemarropa, como bien había observado el patrullero. La hora de la muerte se establecía entre las dos y las dos y media de la noche. El cuerpo no presentaba signos de violencia de ninguna clase. Por otro lado, los de balística aseguraban que las balas pertenecían a un revólver calibre treinta y ocho. Presentaban unas estrías especiales que harían una fácil identificación caso de tener el arma. ¡Ojalá la pudiera conseguir!

El jefe me llamó a su despacho y le rendí cuentas. Frunció el entrecejo al conocer mis últimas pesquisas.

—Siga en el asunto, Sondern, pero lleve cuidado. Puede resultar resbaladizo.

Hasta el día siguiente no hubo novedad. Por la mañana, temprano, me presenté en el Centro de Rehabilitación Juvenil. Me atendió Chris Fuller, primeramente, rogándome no fuera duro con su jefe, pues se encontraba muy abatido. Yo no tenía pensado comentarle nada de lo descubierto la tarde anterior, pues primero quería confirmarlo, no fuera a ser cosa de mujeres chismosas. Tenía presentes las palabras de mi superior.

Raymond Castle, ciertamente, presentaba un aspecto de hombre derrotado. Me estrechó la mano sin fuerza, me preguntó si había alguna novedad, yo le respondí que por el momento no y a continuación me entregó la lista que me interesaba.

Había cuatro nombres con numerosos datos.

—Pero no creo que ninguno de ellos haya sido capaz de matar a mi esposa —dijo el director del Centro—. No son asesinos.

—Lo comprobaré.

Me despedí de él dándole las gracias. Chris Fuller me acompañó

hasta la salida.

—Según me comentaron ayer ustedes, la señora Castle ayudaba en ocasiones, ¿no?

—¿En el Centro?

—Sí.

—Es cierto.

—¿Qué hacía?

—Impartía clases a los muchachos que estaban a punto de salir, a los ya recuperados, pues con éstos no había ningún peligro. La señora Castle tenía estudios de pedagogía.

—Ajá.

—¿Por qué me lo ha preguntado?

—Quería saber si tenía relación con los chicos. Tengo... —Ahora le iba a llevar por fin a mi terreno—, tengo las descripciones de un par de jóvenes que se vieron merodear la casa de los Castle, y he pensado que tal vez pudieran haber pertenecido a este Centro. No le he comentado nada al señor Castle para no alarmarle.

—Entiendo.

A continuación le facilité las descripciones que me habían dado las señoras del Club.

—Ese rubio, no, no recuerdo ahora... ¡Pero el moreno grandullón, sí! ¡Precisamente es uno de los de esa lista! ¡Cliff Potts!

CAPÍTULO IV

Como Cliff Potts tenía su residencia en Coronado, lo dejé para el final y me ocupé de los otros tres, que permanecían en San Diego.

El primero fue un tal Sam Riordan. Trabajaba como barman en una cafetería cochambrosa.

—¿Raymond Castle? —espetó—. ¿No se ha muerto aún?

Había ido a parar al Centro por padecer cleptomanía. Era un joven alto y desgarrado, con una singular perilla, sus ojos pardos destellaban odio.

—La que se ha muerto es su esposa —le mostré entonces la placa—. ¿Dónde estabas anteanoche entre las dos y las tres de la madrugada?

Se quedó pálido y perdió buena parte de su agresividad. Sólo balbuceó:

—Oiga, no creerá que...

—¡Contesta!

—Estuve en una discoteca con unos amigos.

—Nombres y direcciones.

Me los dio.

—¿Qué te pasó con Castle?

—Es un tipo blando y seboso con aspecto de marica —explicó, ya con más confianza en sí mismo—. Me daba asco. Y no podía disimularlo. Sólo eso.

—¿No se te pasó por la cabeza...?

—¡No!

—¿Qué buscas aquí? —preguntó entonces una voz bronca.

Giré el rostro y me encontré con un hombre maduro, de rostro picado por la viruela.

—¿Quién es usted? —pregunté al tiempo que dejaba ver mi placa.

—Soy el dueño. Fairbanks —respondió al momento, cambiando

su actitud—. ¿Hay problemas con el chico? Si los hay, dígamelo y lo tiro. Yo no quiero jaleos con ustedes...

El muchacho me miró suplicante.

—Por ahora, no. Gracias y adiós.

El siguiente de la lista respondía al nombre de Clem Lorigan y vivía con sus padres en un sencillo apartamento de la Juniper Street.

Según los datos que me habían facilitado, había padecido neurosis.

Me encontré con unos padres apesadumbrados, que maldecían constantemente el Centro.

—¡Dijeron que estaba curado! —se lamentaba una y otra vez la mujer, llorosa—. ¡Dijeron que estaba curado... y hemos tenido que intentarlo en un manicomio!

Les dejé con su tragedia y fui en busca de Joe Foster. Éste había facilitado la dirección de una prima. Era el más violento de los cuatro, incluso en una ocasión había llegado a golpear al señor Castle.

La prima estaba que echaba pestes de él.

—Se ha largado de marino en un barco mercante, rumbo a Oriente, el muy cabrón —me dijo con rostro descompuesto—. ¡Me ha dejado en la estacada y con este grano! —se señaló el vientre ya un poco llamativo.

Me fui de allí sin saber realmente si era prima, o simplemente una amiga.

A Cliff Potts lo encontré cerca del cruce de Palm con la 2ad Street, en Coronado. Era un muchacho moreno y grandullón, tal como me lo habían descrito. Compartía un apartamento con un amigo, compañero del Centro. Los dos estaban al cuidado de unos billares.

Cliff Potts se alarmó al ver mi placa, y compuso peor gesto cuando le pregunté por Dorothy Castle.

—No quiero problemas —me dijo gravemente—. Ahora vivo bien, sin jaleos.

Los billares se encontraban semivacíos. Nos encontrábamos solos en un rincón. De vez en cuando el compañero de Potts nos dirigía alguna que otra mirada.

—Sólo has de responder a mis preguntas.

—Aquello terminó. Sólo fui el capricho de esa mujer durante una temporada. Ella es una mujer solitaria, bastante abandonada por su marido, y busca aventuras por ahí. También es algo ninfómana, ya me entiende...

—¿Y qué tenías contra Castle? Al parecer llegaste a insultarle gravemente...

—Ese Castle es un mentecato sin personalidad. No sé cómo consiguió ese puesto. Realmente quien lleva todo es Chris Fuller. En fin, sólo tuve unas palabras con él, por la forma en que me trataba...

—¿Cómo te trataba?

—Como un delincuente. Yo sólo había robado a mis padres. No me daban nada y me tenían como un esclavo. Un día me harté y... En fin, ellos me metieron en el Centro. ¡Yo jamás me he considerado un ladrón!

—¿Y cómo te fue con su esposa?

—Ella se lo pasó bien conmigo, le gustaba mi musculatura, mi fuerza... y yo conseguí mi trabajo. Todos contentos. Se lo dije de un sopetón:

—Ella ha muerto asesinada.

—¿Qué? —Dio un llamativo brinco.

Su compañero se acercó corriendo.

—¿Pasa algo, Cliff?

—No, nada, Fess. Atiende a la gente.

El tal Fess me miró recelosamente y se alejó.

—¿Cómo ha sido? —me preguntó.

Se lo expliqué.

—¡Pobre Dorothy! —exclamó, y me pareció sincero.

—¿Dónde estuviste anteanoche entre las dos y las tres de la madrugada?

—Pues... en el apartamento, con Fess y un par de amigas. Organizamos una pequeña fiesta.

—¿Quiénes son ellas?

—Se llaman Deborah Weston y Edna Folson. Trabajan en un *drugstore*, dos manzanas más abajo.

—¿Conoces a tu sustituto?

—¿Cómo?

—El que te reemplazó al lado de Dorothy Castle.

—No sé quién pueda ser.

—Tal vez le conozcas —dije, y le di seguidamente la descripción del rubio.

—¡Ése es Peter Day!

—¿Del Centro?

—Sí.

—Pues allí no le recordaban.

—Estuvo poco tiempo.

—¿Qué sabes de él?

Se portó bien conmigo. Me ofreció durante unos días cobijo, mientras encontraba algo.

En un par de ocasiones me vio con Dorothy, pero ella no me hizo ningún comentario sobre él... que yo recuerde.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Vive con su amiguita, es una prostituta de barra que trabaja en el American. Se llama Lauren Willis. Me extraña que se la haya pegado con Dorothy, se le veía muy apasionado por ella...

Aunque me dio la dirección del domicilio de la muchacha (antes me pasé por el *drugstore* para comprobar su coartada con las dos empleadas), no las encontré allí y tuve que ir al bar. Era un pequeño antro antihigiénico. El barman me informó que se había largado con un cliente. Le di un dólar para que me avisara cuando volviera.

Tardó tres cuartos de hora en aparecer. Durante ese tiempo alejé a dos compañeras y me bebí un *whisky* con cierta aprensión.

Lauren Willis era joven y trigueña, con un buen tipo que movía sinuosamente.

Me tomó por un cliente.

—No se trata de eso, Lauren. ¿Quieres una copa?

—Bueno —tomó asiento e hizo una seña al camarero—. ¿De qué va la cosa, amigo?

—Busco a Peter Day.

—¿Por qué?

—He de hablar con él.

Me miró fijamente.

—¿Policía?

Vacilé. El camarero llegó trayendo un vaso cilíndrico mediado de un líquido color ambarino.

Ella bebió un sorbo, mirándome por encima del borde.

—Eres un poli, ¿eh, muñeco? —dijo con una sonrisita burlona.

—En efecto —asentí, un poco enfadado conmigo mismo por no haber sabido reaccionar a tiempo—. ¿Qué sabes de él?

—Hace días que no le veo. Me tiene olvidada, el muy bribón. Se ve que no le hace falta pasta.

—Procura no engañarme.

—¡De verdad que no! —Levantó la mano derecha.

—¿Y dónde duerme, entonces? Tengo entendido que tú le proporcionas cama...

—Habrá enganchado a alguna. Es muy mujeriego.

—¿No se te ocurre dónde puedo encontrarle?

—Hummm...

—¿No querrás venir al Precinto? —amenacé suavemente.

—Todos los polis tenéis muy buen humor.

—¿Qué dices?

Bebió otro trago. Chasqueó la lengua ruidosamente y dijo, mirando el vaso:

—Me estás haciendo perder el tiempo. Y mi tiempo vale oro. ¿Veinte dólares?

—En el fondo, todas las furcias sois contables frustradas —dije, depositando un billete sobre la mesa.

—Trabaja en un taller de reparaciones de automóviles —me informó, guardándose el dinero en el generoso escote—. Se llama El Ogro y se encuentra en la L Street.

—Gracias.

—A ti —sonrió, divertida.

Cuando llegué al coche, el radioteléfono sonaba insistentemente.

—¡Sondern! ¿Qué hay?

—Soy Peck, Phil. Esto se pone caliente.

—¿Qué sucede?

—Castle nos mintió. La noche del crimen no se encontraba en el hotel.

CAPÍTULO V

—¿Cómo es eso? —salté del asiento.

—Acabo de recibir el informe de la policía de Los Ángeles. Desde luego, estuvo en todas las ponencias celebradas en el congreso, también en almuerzos de trabajo con varios colegas... Lo insospechado ha saltado al interrogar al encargado nocturno de recepción del hotel. Recordaba perfectamente al señor Castle y esa noche porque recibió dos llamadas telefónicas. La primera sobre las doce. Era un hombre. Se la pasó y estaba. Después, la otra, sobre la una y media, dos menos cuarto. Era otro hombre. La pasó, pero en esta ocasión no contestó. Eso le extrañó porque no le había visto salir y una hora y pico antes sí estaba, además el que llamaba rogó que se le localizara, pues era urgente. Mandó a un botones para que llamara personalmente en la puerta, pero no contestó. Luego bajó al garaje y comprobó que no estaba su coche. Se había marchado. Al parecer, bajó directamente en ascensor hasta el garaje. El que le llamaba desistió entonces. El encargado le preguntó si le pasaba recado cuando apareciera, pero le dijo que para ese entonces ya no le interesaba, y por eso no le comentó nada al señor Castle, no fuera a enfadarse y creyera que le molestaba, que se metía en su vida particular. Si había querido salir esa noche sin que nadie lo supiera... sus razones tendría.

—¿Eso es todo, Peck?

—Sí.

—Yo me ocuparé del señor Castle. Corto.

Me olvidé de Peter Day por el momento y retorné el Centro de Rehabilitación Juvenil. El caso tomaba otro giro insospechado. Una loca idea rondó mi cabeza: el señor Castle podía haber descubierto los devaneos de su esposa con los chicos y... San Diego estaba a ciento veinticinco millas de Los Ángeles. Se podía ir y venir, cometiendo por medio un asesinato, en cinco horas.

—¿Dónde estuvo, señor Castle? —le pregunté una vez me encontré frente a él, en su despacho, y le di cuenta de la última novedad.

El hombre me miró aterrado.

—Yo... yo... —balbuceó, incapaz de decir algo más. Miró a su subdirector, como pidiéndole ayuda. Chris Fuller estaba verdaderamente asombrado.

—Estoy esperando su respuesta, señor Castle.

—Estuve... estuve aquí... —Hizo un esfuerzo supremo para pronunciar estas tres palabras.

—¿En el Centro?

Negó con la cabeza.

—¿Dónde?

—En... en San Diego...

—¿Por qué?

—Pues... —Apretó los labios e inclinó la cabeza, ocultándola entre las manos.

—¡Conteste! —exigí.

Permaneció callado.

—Le recuerdo que el asesinato de su esposa está todavía sin aclarar.

Levantó la cabeza de golpe, con mirada iracunda.

—¡Yo no fui! —gritó.

—Dígame entonces qué hizo la otra noche en San Diego.

—Es... es una cuestión personal...

—¿De qué se trata?

—De uno de los chicos.

—¿Quién?

—Larry Hagman.

—¿Qué ocurre con él?

—Me llamó, angustiado. Por la voz noté que había caído de nuevo en la depresión. Dijo que pensaba suicidarse si no me reunía con él. Salí corriendo, sin pensar en nada.

—¿Ese Larry Hagman fue el que llamó sobre las doce?

—Sí.

—¿Cómo sabía el hotel donde estaba?

—Llamó al Centro y se informó.

—Ya. ¿Qué pasó cuando llegó a San Diego?

—Estuve con él hasta que se tranquilizó, luego, sobre las cuatro, emprendí el regreso a Los Ángeles.

—¿No se le ocurrió pasar por casa, o telefonar a su mujer?

—No. Ya había hablado con ella a las nueve. ¿Para qué alarmarla y tener que darle explicaciones?

—¿Y por qué me ocultó todo esto cuando le interrogué?

—No creí que tuviera importancia para usted, ni tuviera relación con el caso. Ya le he dicho que es algo personal, ese chico me tiene mucho afecto, es muy sensible, no quería involucrarlo, por otro lado.

—Hum. Es muy extraño todo esto.

—¡Lo que le he dicho es la verdad!

—¿Y sabe quién le llamó posteriormente? ¿Se lo ha comentado alguien?

—No.

—Bien. Supongo que el chico ese, Larry Hagman, confirmará sus palabras.

—Sí, sí; pero trátelo bien, por favor.

—Deme su dirección —pedí secamente.

Lo hizo sin ninguna oposición, explicándome a continuación que no le había visto en su casa. El chico le citó junto a una cabina telefónica de la 9th Street y él pasó a recogerlo con su coche, permaneciendo en él hasta que lo tranquilizó y convenció. Entonces le llevó hasta el apartamento que compartía con otros dos.

Ninguno de ellos me gustó nada: su comportamiento dejaba mucho que desear, parecían afectados, afeminados. Se ganaban la vida tejiendo alfombras.

—Lo aprendimos de los navajos —me explicó uno de ellos, moreno y barbilampiño—. Estuvimos escondidos en su reserva durante una temporada, los polis de Nevada nos buscaban por inmoralidad pública. Las vendemos como si las hubieran hecho ellos. La gente se lo traga.

—Me interesa más Larry —dije.

—Ya le he dicho que no está. ¿No quiere una alfombra para su casa?

—No. ¿Dónde está Larry?

—Desde la otra tarde que no sabemos nada de él —intervino el otro, de tez pálida y ojos claros, vestido con una larga túnica

blanca.

—No mintáis. Os puede caer el pelo.

—¡Se lo juramos! —exclamó el moreno—. Larry se marchó la otra tarde y no ha dado señales de vida desde entonces.

—¿Qué otra tarde?

—La de hace tres días.

—¿No os dijo qué pensaba hacer?

—Sólo estaba muy nervioso.

—Llevaba una temporada bastante deprimido —terció nuevamente el de ojos claros.

—¿Por qué?

—Problemas.

—¿Qué problemas? No quiero evasivas.

Se consultaron con la mirada.

—Estoy esperando —dije, impaciente.

El de ojos claros se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Al parecer —dijo—, su padrino ya no le tenía en estima. Nosotros le dimos todo, pero eso no le satisfizo.

—¿Quién es el... padrino?

—Hummm.

—¡Vamos!

—No estamos seguros.

—Es igual.

—Creemos que... que el director del Centro donde estuvo internado. No sabemos el nombre.

No me cogió de sorpresa. Algo así me esperaba. Ahora entendía mejor el extraño comportamiento de Raymond Castle... caso de que fuera verdad que había acudido a la llamada desesperada del chico.

—Si le veis, decidle que es urgente que se ponga en contacto conmigo.

A continuación les facilité mi nombre, así como el teléfono del Precinto.

—¿Se puede saber de qué se trata?

—No.

Me alejé de allí meditabundo. Los Castle no cesaban de danzar en mi mente. Curioso matrimonio. Finalmente decidí llamar a Peck.

—¿Alguna novedad? —me preguntó.

—No. Pero haced lo siguiente: tú encárgate de elaborar un amplio informe sobre Raymond Castle, vida y milagros.

—*Okay.*

—Y Cártter que se ocupe de un muchacho llamado Larry Hagman. Estuvo internado en el Centro, en la actualidad residía en un apartamento del 102 de la Forrest Street, en compañía de dos sujetos homosexuales, pero ahora no se sabe su paradero. Hay que localizarlo.

Camino del taller de reparaciones de automóviles, vi un puesto de perritos calientes. Eso me hizo acordarme que llevaba desde la hora del desayuno sin probar bocado y eran ya las tres de la tarde. Me detuve, compré un par y me los zambullí con apetito voraz.

El Ogro era una amplia planta baja, con olor a aceite y grasa. Tres empleados con mono azul trabajaban en otros tantos coches, uno de ellos prácticamente despanzurrado. Un hombre me vio a través de la cristalera que daba al despacho, se puso en pie y salió.

Era un sujeto cuarentón, de aspecto fornido. Llevaba el cabello corto, peinado hacia atrás, sus ojos eran pequeños, la nariz chata y el mentón hendido.

—¿Desea algo, amigo?

Le mostré la placa, preguntando:

—¿Es usted el encargado?

—Soy el dueño. Louis Granger.

—¿Qué sucede? —preguntó con una ceja arqueada.

—Busco a Peter Day. Tengo entendido que trabaja aquí.

El dueño del taller se metió las manos en los bolsillos y puntualizó:

—Trabajaba.

—¿Cómo es eso?

Sacó un paquete de cigarrillos y me ofreció. Rechacé dándole las gracias. El encendió un pitillo.

—Lo expulsé por vago —meneó la cabeza de un lado a otro con pesar—. Uno quiere ayudar a jóvenes así, pero no tienen remedio. Son lo que son y no van a cambiar. Lo que menos hacía era trabajar, pero a la hora de cobrar era el primero. Al final lo tiré y puse a uno con ganas de sudar el sueldo.

—¿Qué sabe de él?

—Poca cosa. Provenía del Centro de Rehabilitación Juvenil.

—¿Tiene usted allí conocidos?

—No... —exhaló una bocanada de humo—. Son ellos los que nos buscan. Vienen y te convencen para que ayudes a reintegrarlos. Pero no tienen remedio, ya le digo. Son escoria.

—¿No sabe dónde puede estar?

—La verdad es que no. Su vida particular no me interesaba. Sólo quería que trabajara, pero ni eso.

—¿Recuerda algún amigo suyo?

—No, no. No sé nada de sus relaciones con el exterior.

—Supongo que algunos de los que están ahora trabajando habrán sido compañeros suyos...

—Sí, dos de ellos.

—¿Podría hacerles unas preguntas?

—No hay inconveniente. ¡Jimmy! ¡Robert!

Los dos empleados acudieron al momento, limpiándose las manos en unos trapos deshilachados. Se comportaron correctamente, pero no conseguí nada. No habían intimado con Peter Day y la opinión que tenían de él era bastante mala.

—Bien. Eso es todo. Gracias.

Los dos empleados miraron al patrón y éste les hizo una seña para que volvieran a sus puestos.

—¿Puedo saber qué pasa? —me preguntó Louis Granger, dejando caer la colilla al suelo.

—Peter Day tiene que responder a unas preguntas.

—¿Anda metido en líos?

—Tal vez.

Con el pie derecho pisó la colilla, apagándola. Le di las gracias y me fui. Con mal sabor de boca regresé al Precinto: no sabía por dónde continuar. ¿Podía ser importante la declaración de Peter Day? ¿No podía estar siguiendo una falsa pista? Posiblemente fuera más interesante encontrar a Larry Hagman, dada la sospecha que tenía sobre Castle.

Cárter no había telefoneado, por tanto no debía haber ninguna novedad sobre Hagman. Peck también se encontraba fuera, recogiendo datos sobre Castle. Me reuní con el jefe para intercambiar opiniones sobre el asunto y luego me fui a descansar, dando por finalizada mi jornada de trabajo.

Cuando a la mañana siguiente me presenté en el Precinto, Peck

ya tenía elaborado un bonito *dossier* sobre Raymond Castle.

—Hay cosas sabrosas —me adelantó con una sonrisa, mientras saboreábamos el primer café del día—. Por ejemplo, Castle no era nadie hasta que se casó con Dorothy Leman. Se le consideraba un hombre sin empuje, falto de capacidad. Gracias a la influencia de los Leman consiguió el puesto de director del Centro de Rehabilitación Juvenil. El padre de su mujer era juez del Tribunal de Menores en San Francisco. Según se comenta, saca adelante su trabajo gracias a los hombres de que se ha rodeado.

—Sí. Más o menos confirma la idea que tenía.

—Hay más. Por ejemplo, una cosa que se cuchichea a sus espaldas. En cierta ocasión uno de los chicos le acusó de homosexual, pero no se pudo probar nada. Se comprobó que el chico era un desequilibrado.

—Ya. Pero tal vez tuviera razón. Ya te he hablado de Larry Hagman.

—Pero lo más interesante es esto. Tiene registrado a su nombre un revólver del calibre treinta y ocho.

CAPÍTULO VI

Aquella mañana se había celebrado el entierro de Dorothy Castle. El viudo no había regresado a su casa, así que me trasladé una vez más hasta el Centro de Rehabilitación Juvenil.

Chris Fuller ya se encontraba en su puesto, tras asistir al sepelio. A su jefe le había visto por última vez en el cementerio. Le había encargado que se ocupara del trabajo durante ese día, pues no se sentía con fuerzas.

—En su casa no está —observé.

Él se encogió de hombros.

—Bien. Eso no importa ahora. ¿Dónde está el revólver?

Chris Fuller palideció.

—¿El re... revólver? —tartajeó.

—Eso he dicho.

—Bueno, no sé... —comenzó a decir, pero yo le interrumpí rápidamente:

—Esto es serio, Fuller. No me venga con historias. ¿Dónde está? Su jefe lo tiene registrado y la causa justificante es la protección del Centro. Supongo que está aquí y que usted conoce su existencia. ¿Me equivoco?

Inspiró fuertemente y dijo:

—No, señor.

—Entonces, démelo.

Le acompañé sin más palabras hasta el despacho de Raymond Castle. Abrió uno de los cajones de la mesa escritorio. El revólver quedó bien a la vista, junto a una caja de munición.

—¡No lo toque! —le corté cuando iba a cogerlo. Extraje seguidamente un sobre de papel manila del bolsillo de la gabardina y con un bolígrafo que había sobre la mesa lo tomé por el guardamonte y lo metí en el sobre.

—¿No pensará que...?

—Veremos.

—Pero eso sería horrible.

—He visto cosas peores.

—Pero ¿cuál es la razón?

—La señora Castle tenía relaciones con algunos exinternos de este Centro. ¿No lo sabía?

Le miré fijamente.

—No... —musitó, aguantando mi mirada.

—Pues ahora ya lo sabe. Posiblemente su esposo lo averiguara y no le gustara.

—Conozco bastante al señor Castle. Lo considero incapaz de matar.

—Su opinión es muy respetable, pero son los hechos los que mandan. Hay otra cosa, Fuller...

—¿Qué?

—Ya sé quién es el rubio que le mencioné el otro día. Se llama Peter Day y estuvo aquí.

—¿Acaso él es uno de...?

—Posiblemente.

—Entonces ha de ser un sospechoso.

—Por eso quiero encontrarlo. Usted me dijo que no le conocía...

—La verdad es que no me acordaba de él, y ahora tampoco. Pero si dice que estuvo aquí, constará en el fichero. Espere un momento.

Descolgó el teléfono de línea interior y estableció comunicación con su secretaria. Le pidió que buscara el *dossier* de Peter Day.

Durante la espera, Chris Fuller tabaleó nerviosamente los dedos sobre la mesa.

—Todo esto me parece absurdo, increíble —dijo de pronto—. Que la señora tuviera relaciones con estos chicos, que el señor Castle la asesinara... ¡Creo que va por el camino equivocado!

—Me limito simplemente a realizar una investigación, recopilando toda clase de datos. Las cosas no tienen por ahora un orden o significado concreto, pero confío que conforme avance la investigación, se vaya haciendo la claridad. Me da la impresión de que usted no conocía tan a fondo a los Castle como suponía...

—No estoy de acuerdo con usted.

—¿Qué me puede contar, entonces, de cierto problema que tuvo

su jefe con uno de los chicos que le acusó de homosexualidad?

—Eso fue un bulo. Se comprobó perfectamente. Liam Dorian era y es un desequilibrado. Sigue aquí en tratamiento intensivo. Es un joven peligroso. Posiblemente tengamos que recomendar su traslado a una clínica mental especializada.

—Ya. ¿Y del extraño comportamiento del señor Castle la otra noche, acudiendo intempestivamente al encuentro de ese exinterno, Larry Hagman?

—El señor Castle se ha desvivido siempre por los chicos. No creo lo que su sucia mente piensa.

Sonreí.

—Y que usted también ha pensado, si no, no me lo recriminaría.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de la secretaria.

Saludó, y entregó a Chris Fuller una carpeta de color *beige*.

—Gracias, señorita Barclay. Puede retirarse.

Así lo hizo, mientras el subdirector del Centro hojeaba el interior de la carpeta.

—En efecto —dijo, una vez escuchó el suave portazo—, ese chico estuvo aquí, pero por poco tiempo. No estuvo en la sección de la que yo me ocupo —trató de justificar su mala memoria—. Tiene dieciocho años, es huérfano y posee delirios de grandeza. Lo malo es que sus héroes favoritos son los grandes atracadores. Le conseguimos trabajo en un taller...

—He ido allí —me adelanté a sus siguientes palabras—. Le expulsaron por vago.

—Oh.

—¿No sabe adónde puede haber ido?

—No tiene domicilio fijo. Pruebe en el Hogar.

—¿Qué es eso?

—Un viejo rancho situado entre San Diego y Chula Vista al que suelen acudir gentes con problemas, sobre todo si no tienen techo y comida. Se les ofrece esto a cambio de trabajar el campo, las huertas...

Había que tomar la nacional 805 camino de Chula Vista para luego coger el desvío a la izquierda de Bonita Road. El paraje era un tanto solitario y abandonado. Las tierras del viejo rancho recibían agua gracias a un canal que se había trazado desde el Sweetwater

River.

—Yo soy un exconvicto —me dijo Ed Carlson, el dueño de aquella obra de la que hasta ahora no había oído hablar, nada más me presenté a él—. No se trata de proporcionarles alojamiento y alimento a personas con problemas con la ley, sino a personas que han tenido problemas con la ley, que ya están limpios y que encuentran muy difícil reintegrarse, no por su culpa la mayoría de las veces, sino porque se les mira con recelo y aprensión. Sé lo que eso, señor detective. Lo experimenté muchas veces. Usted nunca lo podrá saber por mucha imaginación que tenga. Por eso monté esto. ¿Y sabe Con qué dinero? —soltó una risita cascada—. ¡Con el dinero de la ruleta! Fue una noche loca, allá en Las Vegas. Acerté varios plenos y de pronto me encontré con una fortuna en las manos. Lo malo es que tenía sesenta y cinco años y me encontraba viejo y cansado. Pensé que lo mejor sería ayudar a las gentes que habían sufrido como yo... Pase, pase, y le enseñaré el interior.

Era casi imposible creer que detrás de aquel viejo encorvado, de aspecto insignificante, pudiera esconderse una vida turbulenta.

El hombre se había emocionado hablando y dejé que me mostrara toda su obra, de la que indudablemente se sentía orgulloso.

Luego fui al grano.

—Me interesa un posible inquilino, señor Carlson —le dije, mientras algunos de los allí presentes me miraban con cierta desconfianza. No había pasado desapercibido para ellos que el dueño me llamaba «señor Detective».

—¿Quién?

—Su nombre es Peter Day. ¿Le conoce?

—Sí, sí. Estuvo aquí en un par de ocasiones. Un chico muy soñador.

—Eso tengo entendido, y al parecer sus sueños no son muy saludables para las personas de bien.

—En efecto —admitió con cierto pesar—. La última vez le tuve que expulsar porque era el único que no aportaba su trabajo. Lamenté mucho no poderme entender con él. ¿Por qué le busca, señor Detective?

—He de hacerle unas preguntas. ¿Sabe algo de él?

—Pues...

—Si sabe algo, le ruego que me ayude. Ya se ha cometido un asesinato y si no se soluciona pronto el caso, tal vez ocurran más.

—¿El... ha matado?

—Sinceramente, no lo sé. Pero sí puede aportar datos para esclarecer el asunto.

—Realmente no sé dónde se puede encontrar —se masajeó el mentón el anciano—, pero a lo mejor Gary Trumbo sabe de su paradero.

—¿Quién es Gary Trumbo?

—Otro que estuvo aquí.

—¿Del Centro?

—No. Es un muchacho con mucho músculo y poco seso. La gente se aprovecha de su inocencia y siempre anda metido en jaleos. Peter Day hizo buenas migas con él.

—¿Dónde está ese Trumbo?

—Abandonó esto cuando consiguió empleo. Es descargador en los muelles. Muelle cinco, creo, en San Diego.

—Gracias, señor Carlson. Suerte en su empresa.

Me sonrió como despedida. La sonrisa de un hombre que al fin había encontrado una razón por la que vivir, pero que al mismo tiempo experimentaba que era un poco tarde.

Salí pensando en eso, y fue lo que tuvo la culpa de que no me fijara en la persona que iba a entrar.

CAPÍTULO VII

—¡Oh!

La exclamación partió de la boca femenina nada más tropecé con la mujer. Instintivamente la sujeté por los hombros para que no perdiera el equilibrio y cayera, y al mismo tiempo la contemplé admirativamente.

Era una mujer como pocas había visto. Le calculé unos veintiocho años de edad. Morena, alta, esbelta, curvilínea. Con una sedosa mata de pelo negro como ala de cuervo que enmarcaba un rostro ovalado, en el que destacaban unos ojazos oscuros, brillantes, una nariz fina y recta, unos pómulos algo altos y una boca de carnosos labios, entreabiertos, dejando ver dos pasos perfectas hileras de blancos dientes.

Vestía un ajustado suéter de algodón, de cuello alto, que modelaba magníficamente su busto, de senos redondos y firmes, y unos pantalones de pana negra. Calzaba unos sencillos mocasines porque no necesitaba tacón alguno.

Era toda una belleza. Mi mirada no se apartó en ningún momento de ella.

La mujer terminó forzando una sonrisa y sus ojazos fueron a uno y otro lado donde estaban puestas mis manos, en muda petición.

—¡Oh! —exclamé yo ahora, soltándola.

—Lo siento —dijo ella en un inglés que delataba su origen mexicano—. Iba sin mirar.

—Yo también tuve la culpa. Salí un poco atolondradamente. Perdóneme.

Se hizo un silencio de contemplación.

—Bien —exclamó ella, de pronto—. Ya nos hemos disculpado ambos. ¿Me permite?

—Sí, sí. Cómo no —me hice a un lado y ella pasó. Antes de empujar la puerta, giró su hermoso rostro y yo le dediqué una

sonrisa.

Luego desapareció en el interior.

Pensando en tan sugestiva mujer —¿pertenería al Hogar?, ¿podía estar en problemas una chica como ella?—, regresé nuevamente a San Diego, trasladándome directamente a los muelles. En el cinco se estaba procediendo a descargar mercancía de un buque con pabellón japonés.

No me fue difícil localizar al capataz. Era un sujeto de recios ademanes, rostro de pocos amigos y potente garganta. Me atendió con sequedad, limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo algo sucio.

—Gary Trumbo ya no trabaja aquí —me informó.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo: pidió la baja. ¡Eh, tú, Mustang, cuidado con esa caja!

Sus ojos se movían nerviosamente por encima de mis hombros, vigilando el trabajo de los hombres a su cargo.

—¿Sabe qué pensaba hacer?

—No.

—Necesito encontrarlo.

—Yo no sé nada.

—Alguien podría saber...

Se encogió de hombros.

—Tal vez Burton. Tuvo alguna amistad con Trumbo. Es aquél —me señaló, para luego hacerme una indicación de despedida con dos dedos y alejarse.

Burton era el que manejaba una de las grúas. Un tipo menudo, de aspecto ratonil.

Me miró desde arriba cuando le llamé la atención.

—¿Qué ocurre?

—Intento localizar a Gary Trumbo.

—¡Burton! —chilló el capataz—. ¡Suelta rápido lo que sepas! ¡No podemos esperar toda la mañana!

—Tiene un apartamento en el 1040 de F Street, en Coronado. Fui allí en un par de ocasiones a jugar a los dados junto con otros.

—¡Gracias!

De camino a la nueva dirección, me detuve en un selfservice para despachar un par de platos y tener contento al estómago. El

1040 correspondía a un edificio antiguo, de ocho plantas, sin conserjería. Por el panel de la entrada supe que Trumbo vivía en la puerta diez.

Cuando llegué arriba, toqué el timbre un par de veces. La puerta se abrió al momento. Y quedé encarado a un joven alto y delgado, de largos cabellos rubios. Su nariz aguileña acabó de confirmarme que me hallaba precisamente ante el sujeto que más me interesaba: Peter Day.

El joven me miró con el ceño fruncido, al no reconocirme. La mano derecha la continuaba apoyando en el pomo de la puerta. Preguntó:

—¿Quién es usted?

—Phil Sondern.

El hombre no le dijo nada.

—¿Qué busca?

—Deseo hablar contigo, muchacho.

—No le conozco —retrocedió un paso, precavido, dispuesto a cerrar de golpe.

—¡Espera! —Di un paso adelante—. Soy de la policía.

—¡Policía! —exclamó, quedándose clavado por la sorpresa. Yo aproveché para pasar definitivamente al interior.

—Tú eres Peter Day, ¿verdad?

Ahora su mirada expresaba temor.

—Sí. —Tragó saliva con dificultad—. ¿Qué sucede? ¡Yo no he hecho nada!

—No corras tanto.

—¡No he hecho nada! —insistió.

—Cierra la puerta —ordené y obedeció—. ¿Hay alguien más contigo?

—No.

Entonces le obligué a que se colocara cara a la pared, apoyando las manos en ésta, y procedí a registrarle. La única arma que llevaba encima era una navaja automática.

Le empujé hacia adentro. El *living* era un prodigio de descuido y falta de limpieza. A una indicación mía tomó asiento en una butaca de tapizado semidestrozado. Yo permanecí en pie, frente a él.

—Me ha costado mucho dar contigo, muchacho —dije.

—Yo no me he escondido.

—Ni tu amiguita Lauren ni en el taller El Ogro sabían mucho de ti.

—Bueno, ahora estoy muy ocupado...

—¿En qué?

—Llevo un negocio con un amigo.

—¿Gary Trumbo?

—Sí.

—¿Qué clase de negocio?

—Compra y venta de papel.

Le dirigí una mirada especulativa. El forzó una sonrisa, removiéndose inquieto en el asiento.

—Es la verdad, agente —agregó.

—Muy bien —me paseé ante él—. ¿Puedes recordar lo que hiciste la noche del lunes, entre las dos y las tres?

La pregunta le cogió un poco de sorpresa.

—¿Cómo?

Se la repetí, observándole. Nada en él delató que supiera de qué iba la cosa.

—¿A qué se debe ese interés?

—Responde.

—Pues... —meditó unos segundos—. El lunes por la noche... Creo que no me moví de aquí.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Estuve aquí. No salí para nada. Fue la noche que llovió, ¿verdad?

—En efecto.

—Mala noche. Lo comenté con Gary. Pensábamos ir a una bolera, pero lo dejamos estar.

—¿Alguien más aparte de Gary puede corroborar tus palabras, Peter?

—No... Sólo estaba él.

—¿Ahora dónde se encuentra?

—Vendrá enseguida. Salió un momento a comprar comida.

—Entonces, esperaré.

El muchacho se impacientó. Se rascó su melena y gritó:

—¿No puedo saber a qué viene esto?

—Bueno —tomé asiento, para hacer llevadera la espera—,

puedes hablarme de tu vida últimamente.

—¡Oiga...! —Fue a ponerse en pie.

—Siéntate —le ordené secamente, con una voz que sonó como un trallazo y le hizo obedecer al instante.

—No he hecho nada, no he hecho nada —rezongó, malhumorado.

—Háblame de tu vida sentimental.

Me miró fijamente.

—¿Por qué le interesa eso?

—He conocido a tu chica, esa Lauren. Al parecer la tienes un poco abandonada.

—¿Yo? Sólo es por culpa del negocio. Gary y yo nos estamos dedicando plenamente a él para ponerlo en marcha.

—Ya.

—Si no se lo cree, allá usted.

—¿No ha habido alguna otra mujer?

Se mordió el labio inferior, sin dejar de escrutarme con la mirada. Supongo que se preguntaba cuánto sabía yo, qué era lo que le convenía decir o callar.

—¿Qué dices? —insistí—. ¿No ha habido otra mujer en tu vida últimamente?

Tomó aire, nerviosamente.

—¿Adónde va a parar?

—Sólo pregunto.

Mi sonrisita le debió convencer.

—De acuerdo —se decidió de pronto—. He estado saliendo con otra mujer. Apuesto a que usted lo sabe. Pero no sé qué puede tener de malo. Soy libre.

—¿Y ella?

—Oh, es eso. —Pareció relajarse—. Porque es una mujer casada... Pero ¿desde cuándo la policía se ocupa de esas cosas?

No le hice caso y pregunté:

—¿Quién es la mujer?

Le costó quince segundos decirlo.

—Dorothy Castle.

—Vaya, vaya...

—¿Está satisfecho? —me espetó de mala manera.

—Así que la esposa de Raymond Castle, el director del Centro de

Rehabilitación Juvenil. Picas muy alto, chico. ¿Cuándo la conociste?, ¿durante tu estancia en el Centro?

—De vista, sí. De trato, más tarde. Me echó el ojo en una ocasión que me crucé con Cliff Potts. Por ese entonces éste era su compañero.

—Ya. ¿Qué sucedió?

—Bueno, ella debió informarse sobre mí por la ficha del Centro... y me buscó. Yo andaba sin empleo y ella me proporcionó el del taller. Lo malo es que desde un principio no le caí simpático al pajarraco de Granger y me tiró...

—Pero ¿cómo te fue con ella?

—Bien. Lo normal. Como muchos otros. Al parecer su marido no le hace mucho caso, y ella se satisface con tipos como yo. Ella misma lo comenta: le gustan los hombres jóvenes, con vigor...

—¿Qué sabes de ella actualmente?

—Nada. Lo nuestro se acabó.

—¿Cuándo?

—La otra semana.

—¿Por qué?

—De mutuo acuerdo.

—¿Se cansó ella... o tú?

—Le he dicho que de mutuo acuerdo.

—Eso es algo ambiguo.

—Está bien. Ella lo propuso.

—¿Y tú qué?

—No me opuse. Ella mandaba. Yo sólo le podía estar agradecido.

—Pero habías perdido el empleo.

—Bueno, ella me dio algo como recompensa, para iniciar este negocio.

—Ajá. ¿Cómo era el comportamiento de Dorothy Castle?

—Normal.

—¿Tenía problemas?

—Que yo sepa, sólo con su esposo, en el plano sexual. Pero ¿qué diablos ocurre? —Se puso en pie nuevamente.

—¡Siéntate!

Esta vez no me hizo caso.

—¡Tengo derecho a saber!

—Primero has de contestar a todas mis preguntas. ¡Siéntate!

Tomó asiento al mismo tiempo que mascullaba una maldición. Sus manos se engarfiaron sobre los brazos de la butaca.

—¡Se está aprovechando de su cargo!

—Cuéntame más cosas de Dorothy Castle.

—Ya se lo he dicho todo: ella vino a mí, tras dejar a Cliff Potts, empezamos a vernos, me buscó empleo en el taller de Louis Granger, continuamos teniendo relaciones, perdí el empleo, ella se cansó de mí y me dio una recompensa. ¡Nada más! ¡No hay más que contar!

—Me temo que sí. Dorothy Castle murió asesinada la noche del lunes —le solté de sopetón.

Peter Day se quedó de piedra. Quiso decir algo pero sólo musitó sonidos ininteligibles. Las uñas se le blanquearon al aferrar con fuerza los brazos de la butaca.

—¿No lo sabías?

Sólo se sintió capaz de menear la cabeza de un lado a otro, negativamente.

—¿Ahora se te ocurre algo más?

Nos quedamos mirando fijamente. Por sus ojos adiviné que sí, que podía haber algo más. Habían cobrado un brillo inusitado, extraño.

—¿Qué sabes de todo esto, Peter?

Justo en ese instante escuchamos un portazo. Un momento después apareció por el *living* un joven alto, de cuello de toro, espaldas anchísimas. Venía muy excitado y no se fijó en mí.

—¡Peter! ¡Peter!

—¿Qué ocurre, Gary?

—¡La chica aquélla! ¡La he visto llegar! ¡Ahora está subiendo!

—¡Maldición! —saltó el rubio—. ¡Todo se complica! ¡Aquí están sucediendo cosas muy raras!

—¡Eh! ¿Quién es éste?

—Policía.

—¡Policía!

Me había puesto en pie para tratar de dominar la situación. Peter Day miró significativamente a su amigo y dijo:

—¡Vámonos!

Lo comprendí un poco tarde. Las dos mazas que Gary Trumbo

tenía por puños volaron hacia mí a una velocidad meteórica. Mi cabeza estalló, y pareció que dentro, en vez de cerebro, sólo tuviera campanas, estrellas y piar de pajaritos.

—¡La escalera de incendios! —Fue lo último que oí. Luego me derrumbé.

Al despertar, me encontré en brazos de la sugestiva morena con que tropezara en la puerta del Hogar.

CAPÍTULO VIII

En un principio creí que se trataba de una jugarreta de mi inconsciente. La chica me había impresionado y ahora, con los golpes, parecía hacerse realidad.

Hice una mueca y parpadeé repetidamente. Ella continuó mirándome dulcemente.

Al final escuché su voz.

—¿Cómo se encuentra?

Y eso acabó por convencerme de que ella estaba presente.

Me pasé una mano por la cabeza y suspiré.

—Un poco atontado. Ayúdeme, por favor.

Me ayudó a levantarme del suelo y a trasladarme hasta una butaca, donde caí como un peso muerto. La cabeza todavía me daba vueltas.

—Otra vez nos hemos vuelto a encontrar —comentó ella, sonriendo, cruzando los brazos a la altura de su pecho—. Creo que deberíamos presentarnos...

—Me llamo Phil Sondern —dije.

—Elena Castro.

—Encantado de conocerla. ¿Es usted mexicana?

—Sí.

—¡Uf! —Me llevé una mano a una parietal, a causa de un horrendo pinchazo.

Ella se acercó, solícita.

—¿Quiere que llame a un médico?

—No, no hace falta. Ya se pasará.

—¿Está seguro de que no necesita asistencia médica? Una de sus aterciopeladas manos se deslizó por mi frente produciéndome un hondo alivio.

—Seguro —dije, convencido totalmente.

—¿Por qué le golpearon?

—Por su culpa.

—¿Cómo? —Se separó, endureciendo el gesto.

—Verá... —Sonreí para aligerar la tensión recién nacida—. Ya me encontraba aquí, charlando con un tal Peter Day. De repente apareció su amigo, Gary Trumbo, un gigantón, dijo que una chica subía y pretendieron huir. Yo fui a oponerme... y entonces el gigantón me atizó.

—Oh.

Las líneas de su bello rostro suavizaron. Yo añadí:

—Supongo que la chica a la que se refería ese gigantón es usted.

—Sí —reconoció.

—¿Qué tiene que ver con ellos?

—Pues... asuntos personales.

—¿Qué clase de asuntos personales?

Ella vaciló.

—Mejor será que me lo explique —agregué.

—¿Por qué?

—Esos chicos pueden estar metidos en un feo asunto. Me miró con detenimiento.

—¿Quién es usted?

—Policía —me sinceré—. Detective adscrito al Precinto de Balboa Park.

Ella no pareció sorprenderse. Pensé que muy bien se podía haber enterado mientras yo estuve inconsciente: bastaba con echarle un vistazo a mí cartera.

—¿Y ellos?

—Pueden estar implicados en un asesinato. Desgraciadamente, usted los ahuyentó.

—Lo lamento.

—¿Me va a explicar ya lo que le une a esos muchachos? —Me impacienté.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

Ella se separó aún más de mí y comenzó a pasear por delante de mis ojos, mientras hablaba:

—Yo soy de México, la capital, y mi vida hasta el momento se puede resumir con una sola palabra: comodidad. Mi familia está bien situada, goza de una buena posición social. Últimamente había

entrado en una fase de pleno aburrimiento, necesitaba una emoción diferente hasta las de ahora, algo que me motivara. Fue entonces cuando conocí a Mario Cardona y planeamos la gran escapada. Una aventura. Llegar hasta el Canadá en coche. Pero las cosas se han estropeado al llegar aquí...

Hizo una pausa. Contaba la historia sin mirarme, con los ojos clavados en el suelo.

—Todo fue bien hasta alcanzar Chula Vista. Al poco de salir de ésta, nos tropezamos con un accidente. Bueno, eso creímos. Había una motocicleta tirada en un margen de la carretera y a su lado un hombre inmóvil. Otro, joven y gran dote, se colocó ante nosotros haciendo señas para que nos detuviéramos y le ayudáramos. Al parecer, habían resbalado. Era lógico. Llovía y el suelo estaba muy resbaladizo...

—¿Cuándo fue eso? —La interrumpí, interesado al oír la circunstancia de la lluvia.

—El lunes por la mañana.

—Ajá. Prosiga.

—Supongo que ya se lo habrá imaginado. Todo era puro cuento. Una vez Mario detuvo el auto, el grandote sacó una pistola y el otro se encontró inesperadamente restablecido por completo. A continuación nos desvalijaron, incluso golpearon brutalmente al pobre Mario. Las llaves del auto las tiraron a la cuneta y me costó lo mío encontrarlas. Para ese entonces ellos ya se habían largado en la motocicleta. Una vez llegamos a San Diego, tomamos alojamiento y yo fui a denunciar el caso a la policía y también pedí un giro urgente a mi familia, pues nos habían dejado limpios.

—¿Y cómo es que usted anda tras ellos? Eso debía ser cosa nuestra, ¿no?

—En efecto. Pero resulta que, casualmente, esta mañana, en un *drugstore* cercano al hotel donde había ido a comprar unas medicinas para Mario, unos sedantes, pues tenía fuertes dolores, vi precisamente al grandullón y lo reconocí. Se me escapó por pelos. Entonces pregunté a uno de los empleados del *drugstore* que parecía conocerlo. Me dijo que en el Hogar lo encontraría...

—¿Por qué no avisó entonces a la policía?

—Eso hice. Pero se lo tomaron con desgana y a risa: que dejara de jugar a los detectives, me dijeron. Usted ya sabe cómo son

algunos: por un puñado de dólares, unas joyas y una paliza, más siendo extranjeros, ni caso, se preocupan poco. Además, según me dijo uno, había muchos casos y pocos hombres... Fue eso lo que me decidió a ir al Hogar ése. El dinero no me preocupa, pero sí las dos sortijas y el broche que me quitaron: tienen un gran valor sentimental para mí.

—Ajá.

—De allí fui a los muelles y más tarde vine aquí. Creo que hice su mismo recorrido, ¿no?

—Sí.

—Bien. Eso es todo. ¿Se encuentra ya mejor?

Me puse en pie lentamente, comprobando que todo vestigio de mareo había desaparecido.

—Parece que estoy en condiciones —comenté, dando unos pasos por el *living*, ante la mirada vigilante de ella—. Por cierto, no me ha dicho cómo era el otro asaltante.

—Pues... era alto, rubio, delgado, joven como el otro...

—Sí; ése es Peter Day, el amigo de Trumbo.

—¿El otro que se encontraba aquí?

—Sí. Ese tipo es peligroso. Sueña con ser un gran atracador. No me extrañaría nada que esto haya sido idea suya. Vamos, salgamos.

Ella inició la marcha hacia la puerta. Yo fui detrás con paso aún un poco vacilante. Bajé la escalera apoyándome en la barandilla, pues el edificio carecía de ascensor. Una vez en la calle, ella me encaró y comentó:

—En fin, ahora si voy a tener que dejar de jugar a los detectives; ya no tengo pista que seguir.

—Igual estoy yo.

—De veras que lamento haber estropeado su trabajo.

—No se preocupe. Volveré a dar con su rostro; es mi obligación. He de finalizar la conversación que comencé. De paso, aclararé lo suyo.

—Gracias.

—¿Dónde podré localizarla?

—Hotel Carpenter.

—Muy bien. ¿Tiene coche?

—Oh, sí. El de Mario.

—Entonces, aquí nos separamos, señorita Castro. Ya tendrá

noticias mías.

Le estreché la mano y durante unos segundos permanecimos unidos, mirándonos. Luego todo el encanto se acabó y cada uno se alejó hacia su coche.

Cuando llegué al Precinto, encontré al jefe bastante feliz. Una vez me acomodé frente a él para relatarle lo investigado, me dijo:

—Caso resuelto.

—¿Por qué?

—El resultado de balística ha sido positivo: el revólver de Castle fue el que mató a Dorothy.

—Lo sospechaba —resoplé ruidosamente.

—Ya he dado orden de búsqueda y captura de Raymond Castle. Peck está en ello, al igual que Cáster, que le sigue dedicando especial atención al también desaparecido Larry Hagman. Tal vez los dos estén implicados en el caso.

—Sí...

—No parece contento, Sondern.

—Hay cosas raras en todo esto, capitán —le expliqué a continuación lo sucedido con Peter Day y Gary Trumbo—. Fíjese en el detalle del lunes...

—Una coincidencia.

—También juraría que Peter Day sabía algo más. Cuando le dije que Dorothy Castle había sido asesinada, algo pasó por su mente. El mismo comentó que estaban sucediendo cosas raras... Y luego lo de esa chica mexicana.

—Eso tiene fácil comprobación. Se va al hotel y...

—Sí, sí.

—Respecto a esos jóvenes, no se preocupe. Daremos también orden de búsqueda y captura. Así aclararemos mejor el asunto. Puede irse a descansar, Sondern. Se lo tiene merecido.

Le di las gracias y me marché. Antes de dirigirme a mi domicilio de lobo solitario, me pasé por el hotel Carpenter, tal y como me había sugerido el jefe. El encargado de recepción era un muchacho escuálido que leía una revista de *cómics* con la ayuda de una luz mortecina y unas gafas de gruesos cristales graduados.

—¡Policía! —exclamó al ver mi placa, entusiasmándose—. ¿Va a haber follón, agente?

—Sólo deseo que responda a unas preguntas. Ésta es una

investigación confidencial.

—Estoy a su servicio.

—Me interesa una pareja de mexicanos.

—Oh, sí. Tenemos una.

—Nombres.

Abandonó su revista y, con celeridad, fue a consultar las fichas. Yo escudriñé entretanto el lugar. Se trataba de un establecimiento antiguo, de baja categoría, algo sórdido. Me pregunté cómo una chica como Elena Castro se había metido en un sitio así.

—Mario Cardona y Elena Castro —dijo el muchacho.

—Ésos son.

—Proceden de México, capital. Son turistas. No especificaron el tiempo que van a quedarse. Llegaron el lunes.

—¿Sabe si él se encuentra en mal estado?

—Sí, sí. Lo recuerdo bien. El hombre vino bastante maltrecho, como si se hubiera caído... o le hubieran golpeado.

Era un chico muy perspicaz.

—¿Qué más ha observado?

—No recuerdo nada llamativo. Él ha permanecido todo el tiempo en la habitación. Ella, en cambio, ha salido y entrado en muchas ocasiones.

—¿Han tenido visitas?

—No...

—Mira —saqué un bolígrafo, tomé una hojita y apunté varias cifras—. Aquí tienes el número del Precinto. Si reciben visitas o se marchan, me lo comunicas. Detective Sondern.

—¡A la orden, agente! ¡Será muy emocionante!

—Y ningún comentario, ¿eh?

—¡Seré una tumba!

—Perfecto. ¿Ellos están ahora arriba?

—Sí. Los dos. Si desea subir, la puerta es...

—No. Esto es todo. Adiós y gracias.

Un poco más tranquilo me fui a casa y traté de dormir. Soñé con un curioso matrimonio formado por una discutible dama que tenía aventuras con jovencitos y un marido de dudosas inclinaciones que podía ser un asesino. Pero si este hombre era lo que era, ¿por qué matarla? ¿Porque le engañaba? Una tontería. Por medio pulularon dos novatos atracadores, muy sospechosos, a los que no podía ver

dedicados a la compra y venta de papel, y una sugestiva mexicana que barrió a todos los demás, incluida la pistola criminal —¿quién más podía haberla utilizado? ¿Chris Fuller, por ejemplo?—, y se quedó conmigo solo hasta donde yo recuerdo.

Cuando por la mañana me presenté en el Precinto, el jefe me tenía una noticia.

—Han encontrado a Larry Hagman —hizo una pausa, tabaleando nerviosamente con los dedos sobre la mesa—. Muerto.

CAPÍTULO IX

Cárter ya se encontraba allí, malhumorado, dándose a todos los diablos.

—¡Perra suerte la mía! —exclamó al verme—. ¡Tanto buscar y al final...!

El lugar era un pequeño y modesto motel de la costa. Los clientes, curiosos, se habían agolpado frente a la cabaña donde se hallaba el fiambre. El propietario, un hombre de edad mediana, algo rechoncho y de pelo entrecano, no hacía más que lamentarse del golpe bajo que esto significaba para su negocio.

Larry Hagman se encontraba tirado sobre el suelo de la pieza principal, con el cráneo roto y una gran cantidad de sangre reseca a su alrededor. El arma homicida estaba allí mimo, a unas yardas de su cuerpo. Era la dura base de una pantallita que el asesino había tomado de una mesa cuadrada, pequeña y baja, que había junto al diván.

—¿Quién lo descubrió?

—El dueño.

Éste me lo contó atropelladamente, presa de su nerviosismo.

—Uno de los huéspedes vino a decirme que había visto salir a un hombre furtivamente de aquí, corriendo como un loco; subió a un coche y se largó. Pensó que podía tratarse de un ladrón... Yo vine rápidamente aquí. La puerta estaba cerrada y usé la llave maestra. Entonces me encontré con... con esto...

—Al tipo se le vio salir por una ventana —agregó Cárter—. Tengo los datos facilitados por el hombre que le vio. La descripción coincide bastante con Raymond Castle. Sólo me falta comprobar si el coche en que huyó, un «Pontiac» azul metálico, es suyo.

—No hace falta que lo compruebes. Yo lo sé. Es el suyo.

—¡Bueno! ¡Tendremos que atraparlo cuanto antes o va a organizar una carnicería en la ciudad!

—Sí, claro —murmuré, apretando los labios. Pensaba que el caso tenía muchos frentes y que no sabía cuál era el bueno... aunque parecía ser que Raymond Castle era el culpable. ¡Pero no entendía para qué confesaba lo de Larry Hagman! ¿Para luego ir y matarlo?

—Eh, Phil. ¿Qué piensas?

—Nada.

—Me ocupo de todo esto, ¿no?

—Sí.

—Veremos si encontramos huellas.

—¡Señor! ¡Señor! —Se acercó corriendo uno de los curiosos que estaban fuera.

—¿Qué pasa?

—El radioteléfono de su coche está sonando.

—Gracias. ¡Hasta luego, Cáster!

Llegué al auto y establecí contacto. La voz del encargado de la centralita me informó que un chico me había telefoneado desde el hotel Carpenter.

Me trasladé rápidamente hasta allí. Por el camino no cesé de darle vueltas al asunto sin lograr aclarar nada. El chico de recepción me esperaba impaciente.

—¡Ya no están! —Fue lo primero que me dijo.

Solté una maldición y luego pregunté:

—¿Cuándo se marcharon?

—Hace un momento. El recibió una llamada telefónica. Acto seguido pidió la cuenta. Entonces yo le llamé al Precinto, pero ha tardado demasiado.

—Estaba lejos.

—Lo siento, agente.

—Más lo siento yo. ¿No sabe adónde han podido ir?

—Ni idea. No les oí comentar nada.

—Está bien —respiré hondo—. Gracias.

—¡Hasta otra!

Salí del hotel muy preocupado. El comportamiento de los mexicanos era bastante sospechoso. Si algo sucedía, ¿por qué ella no me había avisado?

El radioteléfono volvió a sonar, ahora cuando iba a poner el coche en marcha.

—¡Sonders! ¡Hoy te busca todo el mundo!

—Déjate de guasas, Morgan. ¿Qué sucede?

—Me han pasado aviso desde el Memorial Hospital. Una fulana, que han dejado hecha unos zorros, dice que sólo hablaré contigo.

Fruncí el ceño.

—¿Quién es?

—Los chicos del Precinto Diez me facilitaron el nombre. Se llama Lauren Willis.

Un compañero del Precinto Diez me lo explicó:

—La encontraron tirada en un callejón, con una paliza de órdago. La trajeron enseguida aquí. Cuando pudimos hablar con ella, se negó en redondo. Entonces te nombró.

—Ajá.

Un hombre envuelto en una bata blanca salió de la habitación. Era un sujeto alto y espigado, de rostro grave.

—Ya puede pasar —me dijo—, pero no la canse demasiado. Asentí, y entré. La chica no parecía la misma. Me miró con angustia, el rostro tumefacto, un ojo, el derecho, completamente cerrado. Pero ahí no terminaba la cosa: el pecho le había sido vendado, y una muñeca escayolada.

Tomé asiento a su lado. Sus labios hinchados se movieron para balbucir:

—Ho... la...

—Hola, muchacha —posé una mano sobre la ilesa de ella.

—¿Voy a... a morir...? —preguntó, con el miedo asomando a sus pupilas.

—No.

—A una compañera... la reventaron así...

—No te preocupes, Lauren. Tendrás sólo para unas semanas. Sólo eso.

—Gracias... por venir...

—Dime, ¿cómo fue?

—Dos hombres se acercaron... Parecían clientes... Subí a su coche, uno dijo... dijo que iríamos a su apartamento y... y allí la organizaríamos... Pero lo cierto es que me... me llevaron a aquella calleja... Entonces me preguntaron por Peter...

—¿Qué querían?

—Conocer su paradero... Les dije que no sabía... y ellos empezaron a golpearme...

—Ya. ¿Cómo eran ellos?

—De la misma edad... Unos treinta y cinco años a lo sumo... Uno era moreno, de buena estatura, fuerte complexión... El otro tenía una piel más bien aceitunada, de estatura normal, con una cicatriz en la mejilla derecha.

—¿Los nombres?

—No los pronunciaron...

—¿No los había visto nunca?

Ahora negó con la cabeza, y eso le produjo un fuerte dolor que la obligó a quejarse.

—¿Dijeron por qué buscaban a Peter?

—No.

—Bien. Trataremos de encontrarles. Ahora has de descansar, ¿eh?

—Espere —casi gritó, colocando su mano encima de la mía para que no me marchara.

—¿Sí?

—Hay algo más...

—¿Qué? —pregunté, intrigado.

—El otro día... el otro día le engañé...

Se hizo un espeso silencio durante el cual nos observamos mutuamente.

—¿Qué quieres decir?

—Yo... yo sabía de Peter. Le envié... le envié al taller por ganarme los veinte dólares y reírme un poco de usted, quitándomelo de encima... Nunca me cayeron muy bien los policías... Yo sabía que Peter ya no trabajaba allí...

La revelación me dejó un poco perplejo. Me pregunté qué era exactamente lo que ella quería de mí.

—¿Por qué hiciste eso?

—Peter me tenía prohibido hablar de su paradero... Estaba fraguando un negocio muy bueno, según él...

—Luego tú sabías de sus relaciones con una mujer llamada Dorothy Castle...

—Sí. Era simple conveniencia... Ella se había encaprichado de él. Sólo eso. No corría peligro de perderlo... Ella le proporcionó trabajo y al parecer también le iba a ayudar en el negocio...

—¿Qué negocio?

—Eso no me lo explicó. Su socio es un tal Gary Trumbo...

—Sí, lo sé. ¿No te dio algún detalle? Por ejemplo, ¿cómo iba a colaborar la mujer ésa, Dorothy Castle?

—No, no... La última vez que hablé con él me dijo que todo iba sobre ruedas y... y que hoy seríamos ricos y nos largaríamos al Este...

—¿Cómo es eso?

—Tenía que cerrar el negocio hoy. Luego pasaría a recogerme y nos marcharíamos. Me habló de un pueblo...

—¿Cuál?

—Crest.

—Bueno, eso es algo. Gracias, Lauren.

—Espere.

—¿Algo más?

Es importante. Ellos... ellos también lo saben.

—¿Los dos que te golpearon?

—Sí. No pude aguantar y al final hablé. Por eso... por eso le he llamado. Tiene que ir allí y... y ayudar a Peter. El... él no es un mal chico... De verdad...

—Lo procuraré.

Su mano continuó aferrando la mía.

—¿Me lo promete?

Me costó decirlo, pero lo dije:

—Prometido.

Entonces me soltó, me dio las gracias y cerró el único ojo sano, dispuesta a descansar. La contemplé durante unos instantes, con los labios prietos. Si me hubiera hablado sinceramente de Peter el primer día...

La puerta de la habitación se abrió y el médico asomó la cabeza.

—Por favor...

—Ya voy —dije, poniéndome en pie.

Salí y les di unas someras explicaciones a mis compañeros. Se quedaron satisfechos con las descripciones de los vapuleadores.

Seguidamente me trasladé al Precinto y penetré en el despacho del capitán. Se encontraba saboreando una taza de café. Me ofreció una y yo la rechacé.

Le puse al corriente de lo de Larry Hagman y también de lo de la prostituta.

—Quiero permiso para trasladarme a Crest.

—Eso está fuera de nuestro cometido, Sonders. Debemos dar cuenta a la superioridad, en todo caso.

—Jefe, yo soy el que conoce el asunto...

—Sí, pero...

—Déjeme llevarlo.

—Hay que ocuparse de Castle.

—Ya lo hacen Cáster y Peck. Posiblemente esté bien escondido, muerto de miedo.

—Él es el asesino.

—No estoy tan seguro. Ese Peter Day se lleva algo entre manos. Y la aparición de esos fulanos que golpearon a la chica me inquieta. Como también la pareja de mexicanos. El caso lo veo más complicado. ¿Qué dice?

El capitán apuró la taza de café. Luego chasqueó la lengua y dijo:

—Usted siempre ha sabido lo que se hace, Sondern. Es uno de mis mejores hombres. De acuerdo. Vaya.

Poco después corría con mi coche por la nacional número Ocho, camino de Crest, situado en el interior. Pasé por Spring Valley y El Cajón, para luego tomar la desviación hacia Crest. Era un pequeño pueblo, silencioso y apacible, de no más de dos mil almas. El sol del mediodía hacía de las suyas desde lo alto convirtiendo el lugar en un pequeño horno.

Detuve el auto frente a la única posada, llamada de inmediato mi atención el coche allí aparcado, un «Toyota» japonés con matrícula mexicana.

Hondamente preocupado —todos acudimos a Crest, pensé—, me introduje en la posada. Una mujer regordeta, de unos cuarenta años de edad y rostro carirredondo, muy curtido, me atendió solícitamente, en cuanto supo que era policía.

—Aquí no tenemos siquiera alguacil —me comentó—. Y que yo sepa sólo han llegado esos mexicanos. Tomaron una habitación. El salió hace un rato, ella continúa arriba.

—¿Qué habitación?

Me la dijo y subí. Antes de llamar con los nudillos en la puerta, comprobé que no habían echado la llave por dentro y la manija cedía. Así que entré sin avisar. Mis pasos resonaron en el silencio de

la pieza.

Ella se encontraba tumbada en la cama, como una gata perezosa. Entreabrió los ojos y preguntó:

—¿Ya?

CAPÍTULO X

De repente, al reconocerme, dio un bote en el lecho y exclamó:

—¡Usted!

—Hola —sonreí—. Volvemos a encontrarnos.

Mientras cerraba la puerta, ella saltó de la cama y avanzó hacia mí.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó.

—Eso mismo pregunto yo.

—¿Ha venido tras Trumbo?

—Las preguntas las hago yo, señorita Castro —dije, seriamente—. Recuerde que soy el policía.

—Oh, perdone.

Dio media vuelta y caminó lentamente hacia la ventana que daba a la calle. Mirando hacia el exterior, dijo:

—Está bien. Dispare.

—La pregunta ya la hizo usted; ¿qué hacen aquí?

—Es muy sencillo. Estamos aquí por ellos.

—¿Trumbo y el otro?

—Sí.

—¿Así que siguió jugando a los detectives?

—No. Ellos se pusieron en contacto con nosotros.

—¿Cómo es eso? —pregunté, extrañado.

—Nos telefonearon al hotel y nos pidieron una cantidad por nuestros objetos personales. Mario y yo estuvimos de acuerdo. Y nos citaron aquí.

—No lo entiendo.

—¿Por qué?

—¿Cómo supieron que ustedes se alojaban en el hotel Carpenter?

Ella no respondió de momento. Yo avancé hasta colocarme a su espalda. La calle aparecía vacía, castigada por los implacables rayos

solares.

—¿Qué contesta? —La tomé por los hombros y la obligué a encararme.

—Pues... no lo sé.

—Todo esto me suena muy raro.

—Puede creérselo o no, pero es la verdad.

La miré fijamente.

—Lo comprobaré. Veamos; ¿dónde es la cita?

—No sé el lugar exacto. Mario no quería que me inmiscuyera, por si había peligro. Quedamos en que iría solo y yo le esperaría aquí, en la posada, descansando. Allá fuera hace un calor de mil demonios.

—Sí —sólo se me ocurrió decir.

—Cuando usted entró, creí que era él.

No dije nada. Continué profundizando en aquellos hermosos ojazos oscuros, tratando de adivinar cuán sincera era conmigo. Ella se escurrió hábilmente de mis manos y caminó hacia su bolso, encima de la mesita de noche.

En dos rápidas zancadas llegué antes que ella lo cogiera, inspeccionándolo.

—¿Cree que llevo una pistola? —se rió—. Sólo iba a coger cigarrillos.

Le ofrecí su propio paquete, también fuego con su encendedor. La primera bocanada de humo me la lanzó furiosamente al rostro.

—Es usted muy desconfiado.

—Lo que ocurre es que están sucediendo cosas muy raras en este caso.

—¿Ah, sí? Yo no sé qué se lleva usted entre manos, lo nuestro lo veo muy claro y sencillo.

—Dos hombres golpearon salvajemente a la amiguita de uno de los chicos que les atracaron. Ella les dio el nombre de este lugar.

—¿No pensará que nosotros...?

—Contrataron a esos dos —terminé yo—. No sé qué pensar. Ustedes recibieron una llamada telefónica en el hotel...

—Así que nos ha vigilado, ¿eh?

—Bien pudo ser uno de los chicos, como usted asegura —proseguí con mis pensamientos, haciendo caso omiso a su anterior comentario—, bien los hombres contratados...

—¡Nosotros no hemos contratado a nadie! —protestó airada, sacudiendo la ceniza de su pitillo.

—Hay una cosa extraña.

—¿Cuál?

—Peter Day ya sabía, al menos desde ayer, que la cita era aquí... pero con ustedes no habló hasta esta mañana. ¿Cómo se explica eso?

Ella se encogió de hombros.

—No entiendo nada de lo que dice. ¿Por qué no me lo cuenta detalladamente?

—No hay tiempo.

—Hasta que vuelva Mario.

—Tal vez su amigo esté en peligro.

—¿Por qué?

—Es evidente que hay más personas interesadas en Peter Day, y no se andan con chiquitas.

—Mario sabe arreglárselas bien.

—Tengo que buscarles.

—¿Dónde?

—Preguntaré. El pueblo es pequeño. Esa gente, si ha llegado, debe haber llamado la atención.

—Es mejor que espere el regreso de Mario —avanzó ella hacia la mesita de noche para apagar la colilla en el cenicero que allí había.

—Puede tardar.

—Él le dirá exactamente el lugar donde se encuentran los chicos. Si los busca a ciegas, perderá el tiempo. Tal vez se le escapen.

Me lo pensé.

Ella retornó junto a mí, sonriendo. Sus manos ascendieron por mi tórax, terminando sus brazos por enroscarse a mi cuello.

—Podemos pasarlo muy bien —dijo en un susurro, sus ojos llenos de promesa.

No sabía explicar exactamente cómo sucedió, lo cierto es que me vi arrastrado por su hechizo, por la pasión del momento, y cuando tuve alguna conciencia real y objetiva de lo que pasaba, ya todo había ocurrido y yacía sobre ella, completamente satisfecho, besando agradecido su suave y morena piel.

Entonces, sonaron los disparos.

CAPÍTULO XI

Fueron como cuatro truenos, rompiendo la paz augusta del pueblo y automáticamente sembrando la alarma. A continuación se escucharon gritos y carreras.

Salté de la cama y me asomé a la ventana. La calle había cobrado insospechadamente algo de vida. Hombres y mujeres iban de un lado a otro, sin saber muy bien lo que hacían. Un sujeto de aspecto fornido se puso a chillar, ordenando que cada uno se recluyera en su casa y no saliera para nada. El iría a avisar al *sheriff* del condado.

—¡Maldita sea! —mascullé, yendo hacía mis ropas—. ¡Tienen que haber sido ellos!

Ella presentaba un semblante preocupado, sentada sobre la cama.

—¿Le habrá pasado algo al pobre Mario?

—Probablemente —dije, de malhumor.

—¡Oh, no!

—¡No debí hacerte caso!

—¿Te arrepientes? —me preguntó, ofendida.

La miré y supe que no me arrepentía de nada. Era una hermosa tentación que, de no haberla saboreado ya, me habría hecho caer de nuevo.

No le contesté y terminé de vestirme. Ella también fue a por sus ropas, pero yo no la esperé. Me precipité rápidamente por las escaleras.

La mujer regordeta se encontraba abajo, en el *hall*, junto a dos hombres maduros y una chiquilla asustada.

—Este señor dijo que era policía —me señaló.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Carson lo sabe —su dedo señaló ahora al hombre de aspecto canijo.

—¡Hable!

—Los disparos sonaron en la punta norte del poblado. Yo me encontraba por allí. De pronto, vi correr a unos hombres detrás de otro. Llevaban pistolas. No sé más. Me vine rápidamente para acá.

—¿Qué hay en esa punta norte?

—Es donde se encuentran los graneros y algunos talleres...

Salí a la calle. Ya no había un alma. El sol continuaba pegando con fuerza. Saqué mi revólver de la funda axilar y me sentí por un momento como uno de esos *sheriffs* de las viejas películas del Oeste.

Me encaminé hacia la punta norte del poblado, sintiendo sobre mí las miradas de los vecinos a través de los cristales de las ventanas de sus casas. Los establecimientos públicos habían cerrado ya, prudentemente. Alcancé una esquina y miré arriba y abajo la calle perpendicular.

De pronto, vi dos hombres correr. Las armas brillaron delatoramente en sus manos.

Apresuré el paso, pegado lo máximo posible a los edificios. Los tipos en cuestión ya habían desaparecido de mi vista, pero sabía por dónde se habían metido. No fui tras ellos, sino que di un rodeo para tratar de sorprenderles.

Lo conseguí. Aparecieron ante mí, dándome la espalda, cuchicheando entre ellos. Al parecer, lo que buscaban, no lo encontraban.

Grité:

—¡Alto en nombre de la ley!

Los dos fulanos no se estuvieron quietos. Por sus trazas, yo ya adivinaba quiénes eran. Se revolvieron furiosos, disparando.

Tuve que agacharme al tiempo que apretaba el gatillo. Uno de ellos se vio alcanzado certeramente en la cabeza y cayó hacia atrás, con los brazos en cruz. Su compañero cambió de posición para esquivar mis disparos. Por detrás de él vi pasar una sombra rápidamente, huyendo por una colateral.

Yo ya había buscado la protección de una furgoneta. Varias balas le estropearon la carrocería. De pronto, me asomé y disparé.

El tipo, desde la esquina, también tenía la misma intención. La bala le dio en plenas fosas nasales y lo tumbó para siempre. Entonces salí del escondite. Pasé junto a uno y otro. Me bastó una

sola mirada para comprobar que, efectivamente, eran los bastardos que habían golpeado a Lauren Willis.

No pensé más y eché a correr por donde había visto desaparecer a la sombra. Enseguida encontré un claro rastro que seguir. Manchas de sangre.

El personaje en cuestión estaba herido y a su paso dejaba un claro reguero rojo. No me fue difícil seguirlo hasta un cercano garaje.

La entrada estaba oscura como boca de lobo, así que esperé a que mi vista se acostumbrara. Luego penetré lenta y cuidadosamente. El local parecía pequeño y no habría más de una docena de autos.

Procuraba no hacer ruido al caminar, encogido, con los cinco sentidos alerta. Pronto escuché un ronco jadeo, como el de una bestia herida.

Me detuve y agudicé más el oído. El herido se encontraba a mi derecha, detrás de un «Land Rover». Cuando no podía contenerse, es que debía encontrarse mal.

Me fui aproximando lentamente, acucillado, el revólver firmemente empuñado. Conforme me acercaba, sus jadeos se hacían más fuertes, casi obsesivos. Llegué hasta el morro del «Land Rover» pintado de *beige*. Aguardé unos instantes y de pronto tomé aire y salí a descubierto, quedando frente al herido con las piernas abiertas en compás, pisando firme, y los brazos extendidos, sujetando con ambas manos el revólver, apuntándole directamente a la cabeza.

—¡Quieto!

No hacía falta el aviso. Gary Trumbo era un gigante vencido, sin fuerzas, desangrándose por un costado. Me miré con los ojos de cordero degollado, apretando contra sí, con la mano izquierda, un paquete envuelto en papel marrón y bien atado.

—¡Ayúdeme...! —gritó haciendo un esfuerzo—. ¡Me quieren matar...!

No soltó el revólver, pero sí bajé la guardia y me aproximé a él para observarle la herida. Era de consideración. No llevaba ningún arma encima.

—¿Dónde está Peter? —le pregunté.

—Le mataron. Como el otro.

—¿Qué otro?

—El contacto de Peter, el que nos iba a comprar la mercancía.
¡Maldita sea! ¡Me muero...!

—Aguanta. Eres fuerte.

—¡Ayúdeme, por favor!

—Primero quiero saber lo que ha sucedido.

—Peter se había citado aquí con el contacto, y cuando íbamos a realizar la transacción, aparecieron esos tipos abriendo fuego. Yo logré escapar por los pelos.

—¿Y en qué consiste todo este jaleo?

—No sé mucho... —Respiró con dificultad—. Era Peter quien lo llevaba todo, era el cerebro. Yo sólo obedecía.

—¡Algo sabrás! ¡Vamos!

—¡No! ¡Sáqueme de aquí! ¡Nos matarán!

—No te preocupes, ya no corres peligro. Me he encargado de ellos.

—¿Están... muertos?

—Sí.

—¡Oh! —exclamó, y la noticia pareció relajarle—. Necesito un médico.

—Lo tendrás. Pero primero quiero asegurarme de que me cuentas todo.

—Ya le he dicho que Peter era el cerebro.

—Empecemos por Dorothy Castle. ¿Qué sabes de ella?

—Era amiga de Peter.

—Muy bien. ¿La mató él?

—¡No!

—¿O tú?

—¡No! —chilló aún más fuerte—. ¡Nosotros nunca hemos matado a nadie!

—Unos angelitos, ¿eh? —comenté con sorna.

—Peter sólo quería dar un gran golpe.

—¿Cuál?

—Robar esto —señaló el paquete.

—¿A una pareja de mexicanos?

—Sí.

—¿Y por ello tanto jaleo? ¿En dónde entra Dorothy Castle?

—Era amiga de Peter, le gustaba divertirse, le buscó empleo... y

Peter se valió de ella para conocer los detalles del golpe.

—¿Qué detalles? —Fruncí el ceño.

—La carretera por donde vendrían, la hora, el coche, el lugar donde llevarían la mercancía... todo eso. Ella colaboró con nosotros, esperándonos con un coche en las cercanías. Dejamos la moto y nos fuimos en él. Ella reía mucho, quería acción... Esa tarde lo pasamos en grande los tres, en mi apartamento, celebrándolo. Luego ella se despidió, Peter y yo teníamos pensando largarnos al Este, una vez vendiéramos la mercancía. Ella no quería dinero, nos lo dejaba todo a nosotros, sólo quería pasárselo bien.

—¿No volvisteis a saber más de ella?

—No, no. Hasta que usted le trajo la noticia de su muerte a Peter.

—¿Y cómo se valió para conocer los detalles del golpe?

—No lo sé exactamente. Peter no me lo contaba todo. Al parecer, ella se había liado con alguien. Recuerdo que la tarde que estuvimos juntos se refirieron a alguien, pero sin decir su nombre. Se reían de él. Ella comentaba lo aburrido que era y la poca imaginación erótica que tenía, que sólo lo había soportado por la emoción del futuro golpe...

—Ya.

—¡Eso es todo! ¡No sé más! ¡Lléveme ante un médico o me desangraré!

—Antes cuénteme qué hicisteis tras el golpe.

—Nos refugiamos en mi apartamento. Peter buscó un contacto para vender la mercancía y quedó citado aquí para hoy.

—¡Aguarda! —le corté, vivamente sorprendido—. ¿Eso sucedió antes de esta mañana?

—¡Por supuesto! ¡Hace un par de días! ¡El tipo necesitaba ese tiempo para reunir la pasta!

Comencé a palidecer.

—La otra persona con la que tuvimos contacto fue con Lauren, la chica de Peter. Ella iba a acompañarnos en el viaje al Este.

—Entonces —dije con una voz que apenas reconocía cómo mía—, ¿vosotros no llamasteis por teléfono al mexicano, al hotel donde se hospedaba, para devolverle su mercancía a cambio de una recompensa?

—¿Nosotros? —aulló, con la faz contraída por el dolor que

padecía—. ¿Está loco? ¡Ese tío lo que quería era apiolarnos! ¡Por eso nos siguió hasta aquí, no sé cómo, con dos fulanos más! ¡Ésos son los tres que usted mató!

Sentí que las palmas de mis manos se humedecían. Empezaba a darme cuenta de mis errores.

—No —dije—. Yo he matado a dos. Creía que el contacto de Peter era el mexicano.

—¿Cómo dice? —balbuceó el grandullón.

—Creo que voy entendiendo —musité—. Ahí —señalé con el revólver el paquete— no hay objetos personales de los mexicanos atracados...

—¡Claro que no!

—Ahí hay cinco kilos de heroína pura, cariño —sonó la voz de Elena Castro a mi espalda—. Suelta el revólver.

CAPÍTULO XII

Dejó caer el arma con hondo pesar. Pero adivinaba que no estaba sola y si intentaba una jugarreta serían dos pistolas las que me coserían a balazos.

—¡Estúpido polizonte! —me espetó Gary Trumbo, y en esta ocasión tuve que darle la razón.

Giré sobre mis talones. En efecto, junto a Elena, muy sonriente, se encontraba un hombre joven, apuesto, de innegable origen azteca, con un fino bigotito sobre el labio superior. Era muy moreno, y en el rostro aún quedaban algunas señales de golpes recibidos.

También empuñaba una pistola, como ella.

—Me engañaste —rezongó, mirándola con rabia.

—Sí, cariño.

—¿Él es Mario?

—Ajá.

Los ojos del tal Mario brillaron peligrosamente al avanzar hacia el herido. Le arrebató de un manotazo la preciada mercancía y luego comenzó a pegarle salvajemente, ayudándose de la culata de su pistola. La sangre empezó a chorrear por el rostro del grandullón.

—¡Cobarde! —le grité, pero no me hizo el menor caso.

—¡Basta, Mario! ¡Basta! —gritó ella.

El mexicano dejó al maltrecho Gary Trumbo, quien quedó con la cabeza ladeada, inconsciente.

—Recuerda lo que me pegó, el muy hijo de perra —se justificó Mario, enardecido.

—Lo mejor es acabar cuanto antes —habló ella gravemente—. La gente del pueblo está alarmada, incluso han ido a avisar al *sheriff* del condado. Hay que deshacerse del cargamento. Los dos hombres del contacto están muertos, tendrás que avisarle para dejar y solucionar esto.

—Sí.

—Y hemos de largarnos de aquí.

—¿Qué hacemos con ellos?

—Ése ya tiene lo suyo —dijo, refiriéndose al grandullón—. Respecto a éste... —Me miró con fijeza—, lo llevaremos con nosotros.

—Pero...

—¿Quieres ser tú el que mate a un policía? Que se encargue el comprador, si quiere. Ésta es tu tierra. No tenemos nosotros por qué comprometernos más.

—Sí —estuvo de acuerdo Mario—. Todo esto ha estallado por culpa suya, por alguna filtración. Con los quebraderos de cabeza que nos ha dado, que él se ensucie las manos. ¡Vamos fuera!

Me dio un empujón, tras tomar mi pistola del suelo y guardársela en el bolsillo de la chaqueta. En la puerta se encontraba el flamante «Toyota». Subí a él, no sin antes observar que la calle estaba vacía y silenciosa, parecía como si nadie supiera lo que estaba sucediendo. Mario se encargó del volante, ella de mí, sin dejar de apuntarme con su arma.

A la salida del pueblo se detuvo ante una solitaria cabina telefónica.

—Voy a llamar —dijo Mario, descendiendo del auto.

Elena y yo nos quedamos mirando. Me humedecí los labios con la lengua y dije:

—¿Has meditado bien lo que estás haciendo?

—Perfectamente —sonrió.

—No os saldréis con la vuestra.

—Veremos.

—Hay otros compañeros míos que saben del caso. Os atraparán más tarde o más temprano.

—Veremos —repitió, muy segura de sí misma.

Me removí en el asiento para acomodarse mejor.

—¡No hagas tonterías! —me advirtió, apuntándome con mano firme.

—Sólo estaba un poco incómodo... —expliqué—. Por cierto, toda esa historia de la chica fugada en busca de aventura era una pura patraña, ¿no?

—Bueno, digamos que mezclé la ficción con la realidad. Desde

luego no pertenezco a una buena familia y mi aventura consiste en jugármela con la ley. Lo del atraco realizado por dos jóvenes era cierto, sólo que cambiando dinero y joyas por drogas. También es cierto que vi por casualidad a Gary Trumbo y le seguí la pista hasta perderla allá en aquel apartamento. El comprador de San Diego parece ser que la encontró gracias a esos dos hombres que mataste. Él fue quien nos telefoneó al hotel para citarnos aquí. Mario se reunió con ellos para buscar a los chicos, pero ese Trumbo fue hábil...

—Tú también...

—Sí. Apareciste muy inoportunamente. Menos mal que había decidido quedarme para vigilar.

—Eres una zorra —le espeté.

—Sólo tuve que jugar mis bazas para que no interrumpieras el asunto. Así es la vida. No hay que fiarse de nadie, cariño. Parece mentira que seas policía.

—Soy policía —dije con voz ronca—, pero también tengo sentimientos.

Nos quedamos mirando con fijeza. La mano de ella tembló un instante y sus labios se apretaron con fuerza. El tenso momento quedó roto con el regreso de Mario.

—Todo arreglado —dijo el mexicano, satisfecho, poniendo el coche en marcha.

—¿Qué sabes de Dorothy Castle? —le pregunté a ella, pretendiendo continuar con la conversación.

—Nada.

—¿Y usted? —Me dirigí al mexicano.

—Ni idea —respondió, mirándome un instante gracias al espejo retrovisor.

—Alguien la mató.

—No sé nada de las cosas de aquí —se mostró algo locuaz. Estaba contento, sin lugar a dudas—. Soy extranjero. Mi oficio consiste en traer la mercancía, entablar contacto, dejarla, cobrar y regresar. De lo que habla tal vez sepa el hombre de San Diego.

—¿Quién es él?

—No lo conozco.

Solté una risita de incredulidad.

—¿Se burla de mí?

—En absoluto.

—¿Acaso no habla con él?

—Sí. Sólo por teléfono. Y cada vez es un número distinto. Entonces me envía a sus hombres y tramito el asunto. En esta ocasión, nada más llegar a San Diego, tuve que suspender la cita al carecer de la mercancía.

—Luego él supo de inmediato que les habían robado.

—Sí.

—Y fue el que puso en marcha a los dos tipos aquéllos.

—Sí.

—Me gustaría saber quién es... —musitó, pensativo.

—Lo verá. Ahora vamos a reunimos con él.

—¿Dónde?

—He quedado en las afueras de Powa.

En efecto, el coche rodaba velozmente hacia el norte por una carretera comarcal solitaria y llena de baches y de polvo. Ella no cesaba de vigilarme y no había opción de intentar algo. Finalmente decidí resignarme y dejar correr la cosa, así conocería al misterioso comprador de San Diego.

Mario Cardona no entró en el poblado. Se desvió por un camino vecinal que llevaba a las viejas ruinas de un fortín de la época de la colonización. Allí había ya un coche aparcado. Una columnita de humo ascendía por detrás de una de las paredes semiderruidas.

Bajamos los tres, Elena sin perderme de vista en un solo momento.

—¡Señor! —llamó Mario Cardona.

La columnita de humo corrió hacia la derecha. Vi la sombra que proyectaba en tierra. Cuando la pared terminó, el misterioso hombre quedó al descubierto y nos encaró.

—Hola, policía listo —me saludó, irónico.

Hice una mueca al reconocerlo.

—¿Cómo va su taller de reparaciones, señor Granger?

CAPÍTULO XIII

Tanto Elena como Mario se sorprendieron. El mexicano preguntó:

—¿Se conocen?

—Sí —respondí.

—¿Cómo es eso?

—Uno de los chicos trabajó para él.

Louis Granger arrojó la colilla al suelo y la estrujó con el tacón del zapato. Sus ojillos de rata expresaban crueldad y fastidio.

—Han hecho mal trayéndolo —dijo—. Debieron haberlo dejado muerto allá.

—Nosotros no metemos policías americanos, señor —replicó Mario—. Este hombre será cosa suya.

—Así que es eso, ¿eh? —rezongó.

—A mí lo único que me interesa es cerrar de una vez por todas el negocio. Aquí está lo suyo —mostró el paquete—. ¿Ha traído el dinero?

—Sí —sacó unos cuantos fajos de billetes de mil dólares de los bolsillos de su chaqueta—. Está todo, pero mejor cuéntelo.

El mexicano Mario se puso a la faena, mientras Louis Granger extraía su pistola de la axila izquierda.

Me miró con una sucia soberbia.

—Bueno, poli, aquí se va a acabar su carrera.

—Eso parece.

—Si no hubiera sido tan entrometido...

—Solamente cumplía con mi trabajo. Por cierto, fue a usted quien sonsacó Dorothy Castle, ¿verdad?

—Sí —admitió, haciendo rechinar los dientes—. Yo la quería, pero ella lo único que hizo fue espiarme para enterarse de mis asuntos, la muy hija de perra. Lo comprendí cuando supe del atraco, hasta entonces había estado ciego, obsesionado por su

encanto. Pero a pesar de todo estaba dispuesto a perdonárselo si no me abandonaba y me decía dónde estaba la mercancía, quiénes eran sus cómplices. Estaba loco por ello, pero se rió de mí y me dijo que fuera a la policía. ¡Zorra! Planeé vengarme de ella, preparándole un culpable a la policía. Pensé en su marido y para eso me valí de uno de los exinternos del Centro de Rehabilitación Juvenil, el tal Larry Hagman. Sabía de él precisamente por Dorothy, en una de sus orgías conmigo, cuando se ponía eufórica, me contó que despreciaba a su esposo porque le había pillado in fraganti con el chico ese. Él le juró que no se repetiría, que el muchacho le había provocado, que no lo dijera por ahí. Ella aceptó y a partir de entonces se dedicó a lo que llamaba «disfrutar de la vida». Los hombres eran pasatiempos, muñecos de carne y hueso para hacer el amor una temporada y luego desecharlos. Eso podía hacerlo con esos chicos, con gigolós, ¡pero no conmigo! ¡Yo era distinto! —gritó, una venilla de su sien derecha hinchada, a punto de estallar—. La maté, la maté y Larry Hagman me ayudó en ello. El quería vengarse de Raymond Castle porque le había abandonado.

—Menuda pareja de resentidos —escupí con desprecio.

Elena Castro asistía impertérrita a aquella confesión, mientras su compañero y amigo contaba avariciosamente los billetes de mil dólares sin prestar atención a las palabras de odio y venganza de Louis Granger.

—Fue fácil —prosiguió, lanzado, el dueño del taller de reparaciones El Ogro—. Larry Hagman se introdujo en el Centro de Rehabilitación Juvenil y cogió la pistola de Castle para mí. Lo tenía todo muy estudiado. Una vez maté a Dorothy, él se encargó de devolver el arma a su lugar. Por supuesto, Larry Hagman fue también quien telefoneó a Castle con urgencia para hacerle venir a San Diego la noche del crimen. Y yo fui quien telefoneó más tarde al hotel de Los Ángeles queriendo hablar con él para que se descubriera que no estaba allí. Sabía del hotel gracias a una llamada que había hecho esa tarde al Centro, interesándome hablar con Castle; la secretaria me lo facilitó amablemente, sin necesidad de darle mi nombre. Y todo salió a la perfección.

—Pero Hagman también murió —objeté.

—Ese muchacho era un ser débil y enfermo. Se arrepintió empezó a asustarse, le procuré el *bungalow* del motel, fui a verle

porque estaba muy nervioso y me confesó entre temblores que había llamado a Castle para decirle la verdad, que no podía ocultárselo porque se había dado cuenta de que... —Hizo una mueca de asco— le quería. Le golpeé, rabioso, con lo primero que agarré y le abrí la cabeza. Y procuré largarme del motel sin que me viera nadie, tal como había llegado.

—Es usted un canalla. Mucho peor que ese pobre chico que asesinó.

—¡Bah!

—Y si Dorothy Castle no habló, ¿cómo se le ocurrió poner a sus hombres a buscar a Peter Day?

Rompió a reír.

—Eso es lo más gracioso. No quiero que se muera sin que lo sepa.

—¿Qué?

—Fue usted precisamente quien me dio la pista, al venir por el taller preguntando por él. Sumé dos y dos. Recordé que una de los atracadores era rubio, según me había informado el amigo Cardona. Peter Day me odiaba por haberle tirado del taller y supongo que durante el tiempo que trabajó para mí algo debió averiguar y por eso se valió de Dorothy, para saberlo todo. Así que encargué a mis hombres que lo localizaran. Y dieron con su amiguita.

—Ajá.

—Ahora ya puede irse satisfecho al infierno.

—Correcto —dijo entonces el mexicano, guardándose los fajos de billetes—. ¿Acaba ya, señor?

—Enseguida.

Lentamente, con una perversa sonrisa dibujada en sus labios, Louis Granger alargó el brazo y me apuntó. Supe que estaba perdido, sin posible escape, indefenso. Era el final. Y quise que mi última mirada fuese para Elena.

Entonces sonó el disparo.

CAPÍTULO XIV

El arma voló de la mano de Louis Granger ante el estupor del mexicano Mario y yo. Por el cañón de la pistola de Elena Castro comenzó a salir una voluta de humo.

—Pero ¿se ha vuelto loca? —chilló Granger.

—¡Elena, maldita! —gritó Mario, echando mano de su revólver.

—¡Quieto! —le conminó ella.

—No serás capaz... —dijo el mexicano, introduciendo la mano para sacarla armada. Entonces sonó otro disparo y la hombrera de Mario comenzó a teñirse de rojo. El mexicano palideció intensamente y aulló de dolor. Su revólver cayó al suelo, y él se encogió vencido.

—¡Coge sus armas, Phil! —me ordenó.

Lo hice sin salir aún de mi asombro. Louis Granger le dedicó una mirada al mexicano.

—Creí que trabajaba con gente de confianza...

—No lo entiendo... —balbuceó Mario, mordiendo le labio inferior por el dolor.

—Es muy sencillo de explicar —dijo ella—. Pertenezco a la policía federal mexicana, sección de estupefacientes. Andábamos tras ustedes desde hace mucho tiempo.

—¡Colega! —exclamé.

—Sí —sonrió ella, y en esta ocasión me pareció más hermosa que nunca—. Como decía, desde hace mucho tiempo tanto nosotros como la Narcotic Squad americana estábamos sobre este tránsito de droga por la frontera. A nosotros nos interesaban los vendedores de nuestro país, muchos de los cuales son eslabones de una cadena que comienza en Sudamérica. A los de la Narcotic Squad les interesaba el comprador y distribuidor de esta parte de la Costa Oeste. Yo conseguí por fin infiltrarme y sólo hice que ganarme la confianza para obtener los datos que nos interesaban. Podíamos haber

actuado ya, y haber deshecho la red, pero el hombre de San Diego hubiera quedado sin aparecer. Así que seguí el juego, convirtiéndome en la amiga de Mario y compañera de su viaje. Pero por medio se colaron esos chicos...

—Pudiste haberte confiado a mí —la recriminé.

—Un policía en servicio especial no debe fiarse de nadie. Comprende que tú solo eres un detective de Precinto, y no te lo digo con tono peyorativo. Únicamente tuve contacto con la Narcotic Squad cuando dejé a Mario en el hotel Carpenter. No vi a Trumbo por casualidad en el *drugstore* como te conté, sino en los archivos policiales, y así supe del Hogar. Necesitaba encontrar a los chicos para recuperar la mercancía y se pudiera realizar el deseado contacto. Incluso me ha venido bien que murieran aquellos dos matones, así ha dado la cara el propio comprador. Lamento haberte engañado, Phil, pero era lo mejor para mi plan. ¿Me perdonas?

EPÍLOGO

—Ha sido un gran trabajo, Sondern —me alabó el jefe— cuando acudí a su despacho.

—Gracias. ¿Y Castle?

—Apareció. Estaba escondido en un hotel de ínfima categoría, asustado. Tengo entendido que va a presentar su dimisión al Centro...

Hice un gesto de resignación.

—Le he llamado —agregó—, porque le ha sido concedida una semana de permiso.

—Me vendrá muy bien. Gracias, señor.

—Se la ha merecido. ¿Adónde piensa ir?

—A México. He de perdonar a una persona.

El jefe arqueó una ceja, mirándome con fijeza. Todo muy propio cuando no entiende algo.

Le dejé así.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

